

EMMA-MARGARITA R. A.-VALDÉS

ANTES QUE LA LUZ

DE LA ALBORADA,

TÚ,

MARÍA



*A ti, Virgen María.
Por tu inmensa bondad
te ofrezco mi alma en flor, mi poesía.
Sembraste caridad
en mi tierra baldía
con el milagro de tu cercanía.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: DESDE LA ETERNIDAD

ESTÁS, MARÍA, LLENA DE GRACIA

- Naciste, por merced, glorioso umbral.....
- Llegó el feliz momento.....
- Señora de la profecía.....
- De niña a doncella.....
- Boda blanca.....
- La encarnación del Hijo de Dios.....
- El despertar de José.....
- La visita a Isabel.....
- En tu grial.....
- ¡Qué noche tan larga!.....

VIRGEN MADRE

- Amanece sobre tu flor de loto.....
- El nacimiento del Niño Jesús.....
- Feliz establo.....
- Estás, María, llena de Gracia.....
- Bautismo de agonía.....
- Los Magos de Oriente.....
- La presentación del Niño en el templo.....

UN LARGO CAMINAR

- El viaje a Egipto.....
- La Sagrada Familia.....
- El Niño perdido y hallado en el templo.....
- Tu llama de amor viva.....

VIRGEN DE SOLEDAD

- Tu tierna paloma emprende el vuelo.....
- La boda de Caná.....
- En el templo de Jerusalén.....
- Hoy se cumple la Escritura.....

SE APROXIMAN LOS FILOS DE LA ESPADA

- Tu mística alacena.....
- Juan abrió las veredas.....
- Sales, con tus parientes, para hablarle....
- Virgen de los dolores.....
- Su martirio es palabra de Dios.....
- Te anuncia su última cena.....

MADRE DOLOROSA

- Vuelas por las calles del infierno.....
- La oración de Jesús en el Huerto.....
- El reloj de la Vida inicia su andadura.....
- Treinta monedas.....
- ¿Por qué?.....

SIGUES, MARÍA, EL CAMINO A LA CRUZ

- Porque Él da la paz, le hacen la guerra....
- Jesús ante el Sanedrín.....
- La flagelación del Señor.....
- La coronación de espinas.....
- Descubres la sombra del Verbo.....
- Jesús con la cruz a cuestas.....
- Llevas el peso de sus treinta y tres años..

GIMES, MARÍA, LA ÚLTIMA NANA

- La crucifixión y muerte del Señor.....
- Sigues la huella roja de su pie.....
- De pie estabas.....
- Eres corredentora.....
- Das a tu hijo el último abrazo.....
- Te vestirás de luz.....
- Siete rayos de sol, María.....
- A la sombra de Dios.....

¡ALÉGRATE, MARÍA!, JESÚS ESTÁ CONTIGO

- ¡Gloria!.....
- En tu zarzal hoy brotan aleluyas.....
- Por ti, María, llegó aquel feliz momento...
- Tu corazón se llena de alegría.....
- La resurrección del Señor.....
- Cuarenta días de sublime presencia.....
- La ascensión del Señor a los cielos.....

ERES, MARÍA, ESCALERA DE LUZ

- Madre Auxiliadora.....
- Eres cauce de salvación.....
- La venida del Espíritu Santo.....
- Tu legado.....
- Juan te acoge.....
- Recibes el Pan de tu hijo.....
- Tu ascensión a los cielos.....
- Bienaventurada.....
- Salve, azucena.....
- Tu coronación por Reina de cielos y tierra.

EPÍLOGO: MARÍA SALVA.....

INTRODUCCIÓN

Desde la eternidad, **¡Error! Marcador no definido.**
antes que los collados y los montes,
que las fuentes y el mar,
con la primera luz de la alborada,
Dios te elige doncella angelical.
Y tu nombre es María,
Señora excelsa, amada de Yahvé,
mirra del agua, lumbre que ilumina.

¡Salve! llena de gracia,
de caridad y de sabiduría;
río de la esperanza;
fertilizas como el Pisón y el Tigris;
como el Jordán y el Éufrates rebalsas
los surcos de la mies;
como el Guijón y el Nilo, en la vendimia,
rocías los bancales con tu fe.

¡Salve! lirio de amor,
flor del naranjo, palma de Engadí,
rosal de Jericó,
olivo de la tierra prometida,
cedro del Líbano y ciprés de Hermón.
Biznaga de pureza,
ramillete de gálbano y de incienso,
aroma de la Altura que embelesa.

¡Salve! dulzura y paz
para el valle de lágrimas y barro.
Ancló en tu litoral
la prístina promesa, la palabra,
por ti la Maravilla salvará.
Estrella matutina,
cirio implorante, hogar del Creador,
Sagrario, Vino y Pan de Eucaristía.

Virgen inmaculada,
alma de Dios, grial de la alegría,
en mi inquietud callada,
en mi tierra baldía,
has derramado mística ambrosía.

Mi mente atormentada
por trágico espinar, en agonía
por mi noche cerrada
al Sol del nuevo día,
halló en tu amor la célica armonía.

Cantó mi madrugada
al Niño que en tus brazos se dormía,
y a su Cruz abrazada
te sentí Madre mía
en la Voz que en tu carne se ofrecía.

En ti voy refugiada,
sigo los pasos de la profecía,
y a su mesa invitada
por tu creyente fiat,
gozo la Vida de la Eucaristía.

**ESTÁS, MARÍA,
LLENA DE GRACIA**

NACISTE, POR MERCED, GLORIOSO UMBRAL

Preludio de aleluya universal
en el Verbo que anuncia salvación,
se encarnará la Voz, vendrá el perdón,
en tu seno de esposa virginal.

Naciste, por merced, glorioso umbral,
aurora de la humana redención,
estela de final resurrección,
reina del paraíso celestial.

Entregarás al mundo tu dolor,
aceptarás ser madre mediadora,
esclava de divina voluntad.

Brotaste en la fontana del Amor,
sacias la sed del alma pecadora,
y eres remanso azul de la verdad.

LLEGÓ EL FELIZ MOMENTO

Estaba el mundo frío de espaldas a la luz,
era lodo la tierra y el hombre era ceniza,
el mar había perdido su sinfonía azul
y el cielo estaba lejos, muy lejos de la orilla.

En el primer lucero brillaba la promesa
con fulgores divinos para la humanidad:
nacería inocente una humilde doncella
que con sus pies de lirio aplastaría el mal.

Llegó el feliz momento de cumplir la palabra
y una ligera brisa acarició el ciprés,
desde la eternidad, la flor inmaculada,
enraíza la Gracia con humildad y fe.

SEÑORA DE LA PROFECÍA

Por la rueda, rueda,
de muerte y de vida,
vienes a este mundo
tú, Virgen María.
Naces de la tierra
con el alma limpia.

Así nació Eva
en el sexto día,
reina del Edén
sobre la otra orilla;
por la tentación
de serpiente maldita
exilió a los hombres,
rompió la armonía,
y fue su soberbia
la mortal herida.

Y Dios, que nos ama,
te elige a ti, niña,
y, aunque te hace libre,
atento confía
que tú aceptarás
la misión fructífera.

Eres otra Eva
por Él redimida,
la reina del cielo
que nos santifica.
Eres la Señora
de la profecía,
la joven que escucha
misteriosas sílabas,
la mujer humilde
que cierra la herida.

DE NIÑA A DONCELLA

En el templo sagrado
creces blanca azucena,
en vuelo virginal
vas de niña a doncella;
inocente corola,
confiada y recoleta,
trémula de cantares,
de salmodias proféticas,
de exaltación, de celo,
de inmaculada entrega.

Saboreas versículos
de luces y tinieblas,
manan las oraciones
por tus labios de arena,
acaricias destellos
ocultos en la esfera,
en tu frente infantil
fulguran las estrellas,
y tus manos piadosas
derraman primaveras.

Soledad, soliloquios,
circulan por tus venas,
está tu corazón
sumido en suave espera.
Una lluvia de paz
al desierto se acerca,
el Mesías glorioso
redimirá la pena,
nacerá un Salvador,
según dijo el Profeta.

Eres tú la elegida,
prodigiosa colmena,
sosegado jardín,
arrobada palmera;
el nuevo paraíso
abrirá en ti su puerta.
Y en el templo sagrado
creces blanca azucena,
con vuelo virginal
vas de niña a doncella.

BODA BLANCA

Te desposa el fiel José
en la cima del espíritu,
el voto de castidad
une vuestros dos caminos,
junto al Arca de la Alianza
cumples el rito judío,
tras la cortina del Templo
aguarda el dorado símbolo.

Asciende la tierra al cielo
por este inviolable vínculo.
Bajo el árbol de la herencia
confluyen los cuatro ríos.
En hontanar del origen
rebosa el nuevo bautismo.
Comienza la travesía
del arcano laberinto.

Vuestra virtud es la joya
engarzada en el Altísimo,
reflejo de la belleza
que conduce al Infinito,
la ciudad de leche y miel,
la mesa del pan y el vino.
Sois dos nítidos destellos
en aureolado anillo.

LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

El ángel te saluda "Ave María",
estás llena de gracia ante el Señor,
eres mujer bendita por tu amor,
y en ti espera cumplir la profecía.

Tu seno virginal concebiría
al Hijo del excelso creador.
Manifiestas al ángel tu candor.
Es tu pureza mística alcancía.

Te informa que Isabel, estéril, vieja,
pues nada hay imposible al Hacedor,
tendrá un hijo y ya está en el sexto mes.

En tu decoro el cielo se despeja,
te ofreces como esclava, con fervor,
y a la sombra de Dios vendrá la mies.

Eres, María, hermosa, fiel, sencilla,
un cántaro colmado de inocencia,
el Padre tiene en ti su complacencia,
tú granarás vigor de su semilla.

Por tu cancel avanzará la arcilla
a la inmortalidad, a su presencia;
abrirás, con tu fe y su providencia,
el acceso a la Vida en la otra orilla.

Tú conoces la Ley, las Escrituras,
sabes el riesgo de tu decisión
y vences la ancestral debilidad.

Dices "fiat" al Rey de las alturas
y en el misterio de la encarnación
te hace sagrario de su caridad.

La sombra del paráclito divino
desciende sobre ti con plenitud,
el Verbo se hace carne en tu virtud,
tu vaso inmaculado, cristalino.

Resplandeces con brillo diamantino
porque albergas al Hijo de la Luz,
te embarga celestial beatitud
y entiendes la razón de tu destino.

Eres el arca de la libertad,
del heredero al trono de David,
de Cristo, de Jesús el Salvador.

En tus entrañas late la Verdad,
será su sangre el zumo de la vida
y será el pan su cuerpo ensalzador.

EL DESPERTAR DE JOSÉ

Un despertar de párpados confusos
asolan a José,
carpintero del tronco de David.
Aguas turbias, espesas de recelos,
inundan sus raíces.
Sobre la espalda el peso de la niebla
le impulsa hacia la noche.
En su pecho aletean
palomas indecisas sin cobijo.

Por sus dedos incólumes
se derrocha la miel del panal virgen.
Ahogan su garganta
arpegios de dormidas primaveras.

Le emociona mirar tus ojos bellos,
el cintillo granate de tus labios
de lozanía cándida.
Se extravía su mente.
¿Cómo vivir o huir de aquella sombra
instalada en tu albura?
¿Cómo romper el muro, el hermetismo?
¿Acaso es el retoño de su tronco
tornasolado azahar en tu vidriera?
Los Libros lo atestiguan,
le perturba un conjuro de reflejos,
de sublimes fulgores.
Un vendaval sagrado le interroga.

Noticias de la luz
pueblan de resplandores sus contrarios,
calman su alborotado amargo mar.
La voz canta el misterio que se esconde
tras la puerta sellada.
Un bálsamo mirífico
solaza con ternura sus arterias.
Amantes golondrinas
arrancan los punzantes desvaríos.
Inmerso en el espacio luminoso
despeja sus incógnitas,
llena el cuenco vacío de sus manos
con el calor del nido.

LA VISITA A ISABEL

Traspasas la llanura de Esdrelón
y las montañas de Jerusalén,
en tu vientre se mece el dulce Bien,
y llegas a Ain-Karín, cerca de Hebrón.

En Isabel estalla la emoción:
¡Bendita tú y el fruto de Belén!,
rendidamente has pronunciado amén
y eres cauce de eterna salvación.

El hijo que Isabel espera ansiosa
afirma, desde el seno, la existencia
del Mesías, que en tu interior reposa.

E Isabel te declara fiel, dichosa,
en ti se complació la Providencia
por tu "fiat", tu ofrenda generosa.

Desbordante de fe y de valentía,
aceleradamente vas a darte,
a servir, a ayudar, a sincerarte,
a derramar cariño, cortesía.

Es encuentro de gozo, de alegría.
Isabel se conmueve al abrazarte.
Tú alabas al Señor por desposarte.
¡Estás llena de Dios, de Eucaristía!

Isabel, por milagro, va a ser madre
del Precursor, profeta del Altísimo,
que mostrará el sendero del perdón.

Tú proclamas la majestad del Padre,
en ti se da misericordiosísimo,
y es tu carne la cuna de su don.

Una explosión de luz, de claridad,
una confirmación de profecías,
palabras de David y de Isaías,
brotan de vuestros labios con piedad.

Tú, María, adelantas la verdad
que viene a revelar tu hijo, el Mesías,
más allá de las mil teologías
que excluyen la indulgencia y la bondad.

Son ecos, resonancias del pasado,
compendiados en Santas Escrituras,
predicciones del Bienaventurado.

Son memorias del pueblo sojuzgado.
Se van a terminar sus desventuras
cuando el Reino pascual sea instaurado.

EN TU GRIAL

Subes hacia Judea
llevada por José.
Es descendiente de familia hebrea,
y le acucia el deber
de empadronarse en la pequeña aldea
lugar de su niñez.
César Augusto dicta, señorea,
le conmina a partir de Nazaret.

En tu grial Jesús se balancea
camino hacia Belén.
La borriquilla trota y cabecea
como regio corcel.
Aunque temes la intrínseca tarea
de ser madre y mujer,
la mente se recrea
pensando en tu divina gravidez.

Un ángel por las nubes palmotea
festejando al Emmanuel
y arrullo de alabanza te rodea
cumplida tu preñez.
El dolor, que tu gozo agujijonea,
indica va a nacer
el Soberano agosto, que alborea
para hacer de este valle nuevo Edén.

José te ve sufrir y pordiosea
hospedaje en Belén,
En muchas puertas busca, forcejea
hasta desfallecer.
Tan sólo un mesonero le franquea
la entrada de un establo, una merced
porque el Niño en tu seno ya tantea
el margen de tu piel.

Tu esposo, en el pesebre, se atarea.
Transfigura la gruta en un vergel.
Con la mula y el buey José trastea.
Convierte paja en mies.
Es plena noche, el cielo centellea
con fulgor de tu amén,
y en el regazo virginal florea
el hombre-Dios, ¡gigante en pequeñez!

¡QUÉ NOCHE TAN LARGA!

¡Oh!, ¡qué noche tan larga!,
oculto está el invicto ardiente sol.
Los seres exiliados
encienden las hogueras,
colocan amuletos de herraduras,
solemnizan banquetes,
conjuros, ceremonias...
El sumo sacerdote corta el muérdago
de los robles sagrados
con su cuchillo de oro.

Crece el acebo erguido.
Trae corona de espinas en sus hojas
y en sus bayas la sangre.
Los místicos abetos.
pregonan alabanzas por los bosques.
Las mariposas, libres,
olvidan sus crisálidas.

En la cueva caliza un Sol naciente
injerta en el ramaje de las horas
sus rayos de energía.
Asciende siempreviva en la maleza
y la espiga de luz.
El trigo immaculado de la Casa del Pan
será dulce alimento de la Vida.

VIRGEN MADRE

AMANECE SOBRE TU FLOR DE LOTO

Vestía el hombre harapos de ventura,
jirones de heliotropos, de azucenas.
El aroma de un trágico final
envolvía gardenias silenciosas
por vigiliass sin alba.
Entre la lóbreguez esclarecían
diez guirnaldas de estrellas
goteando su llanto luminoso.
Un sudario de sombras invisibles
cubría los desnudos.
El ángel de alas rotas
perecía en el fango
con plumas impregnadas de alto vuelo.

La siembra está granada.
Amanece, María, la promesa
sobre tu flor de loto
cuyos pétalos blancos
jamás fueron tocados por el limo.
Surge la antigua forma que dibuja
el universo azul
donde el cisne reencuentra la ambrosía.

Alondras penitentes
anuncian a las brasas
el húmedo verdor de las cenizas.
La oscuridad descorre sus crespones
acercando la luz al novilunio.

Marchitos crisantemos se deshojan
con el temblor del éxtasis.
El fruto del olivo está en sazón,
germina la semilla en el trigal
y la viña enraíza.
El óleo, el pan y el vino
maduran el encuentro.
Comienza el despertar de la materia.

La cuna universal recibe al Sol
con sábanas de almendros florecidos.
El río de la vida
fecunda los estériles desiertos.
El mar sigue en sus límites.
Rasgan las nubes claros resplandores.
Toda la creación se inflama en cánticos
y deleita a las dunas el maná
por tu inocencia intacta.

EL NACIMIENTO DEL NIÑO JESÚS

Viene la luz al mundo peregrino
por tu jardín cercado de armonía,
por tu fuente sellada, por la vía
de tu incólume cáliz femenino.

Eres la senda clara, leal camino
para iniciar la fértil travesía
y encontrar a Jesús. En ti, María,
está el tesoro del caudal divino.

Por la puerta cerrada del Oriente
alumbra el Sol la cepa desvalida
desde aquel sí donado humildemente.

La gloria del Señor luce en tu frente,
ha sido tu modestia enaltecida
y Dios duerme en tus brazos blandamente.

Canta el gallo en la aurora renacida,
un nuevo día asoma por Belén,
en un pesebre está la Paz, el Bien
que vencerá a la muerte con su vida.

Tiemblas por su presencia, conmovida,
y el futuro se turbará también
de admiración, pues en Jerusalén
conquistará la tierra prometida.

Sembrará el eucarístico alimento,
elevantá al espíritu inmortal
hasta alcanzar el célico aposento.

En la mañana de su nacimiento
la creación es pila bautismal
y en tus brazos palpita el Sacramento.

El Niño, que reposa en la pobreza,
es el Ser uno y trino, el omnisciente,
dueño del firmamento, omnipotente,
el arca de la espiritual riqueza.

El nace cada día en la tristeza,
en el hambre y la sed del penitente,
en la fe y caridad del oferente,
en la flor virginal de la pureza.

Por ti, María, madre medianera
entre el Reino y sus hijos desterrados,
se ha derribado la mortal frontera.

La Trinidad ha izado su bandera
para los justos bienaventurados
que en ti logran la dicha postrimera.

FELIZ ESTABLO

En Belén de Judá
nace el Mesías.
Se cumplen los anuncios,
las profecías.
¡Feliz establo
que el Niño ha convertido
en un retablo!

Una mula y un buey
le dan calor,
retozan los insectos
alrededor.
Sobre la paja
con luz del cielo brilla
divina alhaja.

Un ángel da la Nueva
a los pastores
y acerca la alegría
a sus temores.
Entre pañales
late la vida eterna
de los mortales.

¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios
en las alturas!
¡Paz a los hombres buenos!
¡Paz y venturas!
De los pastores
hizo Dios los primeros
adoradores.

ESTÁS, MARÍA, LLENA DE GRACIA

Estás, María,
llena de gracia,
cantas al Niño
gozosas nanas.
Fuego de amor
tu seno abrasa
y se hace música
en tu garganta.
El Niño duerme.
Tú al Padre alabas.

Su hermoso cuerpo
lleva la savia
del templo virgen
de tus entrañas.
Tu corazón,
alegre, danza;
tus tiernos pechos
la leche manan,
y está tu espíritu
en dulce calma.

Llegan pastores
de las montañas,
riela en sus ojos
antigua escarcha,
en sus zurrones
gran esperanza
de contemplar
al Sol del alba,
rey de los ángeles
de blancas alas.

Ahí está el Niño
en pulcras sábanas.
¡Qué bello es!
¡Qué paz emana!
Los pastorcillos
sienten el alma
subida al cielo,
reconfortada
y, alborozados,
gritan ¡hosanna!

Y tú, María,
llena de gracia,
guardas silencio
emocionada.
Estas noticias
extraordinarias
las atesoras
para el mañana.
Tu interior reza
¡Dios mío! ¡hosanna!

BAUTISMO DE AGONÍA

Han pasado ocho días
desde el feliz momento en que alumbraste
la claridad del Sol.
Hoy se tiñe de rojo
bajo el signo del pueblo de Israel.
Es la primera sangre del Mesías
acatando la Ley, la Antigua Alianza,
sometiéndose al yugo de humana servidumbre.
Una señal sagrada, un rito, un símbolo
de un pueblo circunciso con cuchillos de piedra,
transformados por Él en caricias del agua.

Te atraviesa, María, el daño de su carne,
que en ti se multiplica,
y tu aliento se inflama de ternura;
deseas evitar esa agresión temprana
cercenando sus límites.
Eslabones ocultos de letales cadenas
aprisionan tu sueño.
Lejanas letanías y suspiros
vibran cruzando el tiempo entre la bruma.
Una densa amargura carmesí
anega el lago azul de tus pupilas.

Bautismo de agonía
derramándose lento por tus sienes
con un presentimiento
de azotes y de espinas, de clavos y lanzada.
Esta sangre infantil
es inicial ofrenda, néctar de amor cautivo
en el ara del mundo.
¡Alégrate, María!, pues su nombre es Jesús.
Él reedificará la tienda de David,
Él la levantará de sus viejos escombros
y en todas las naciones se invocará su nombre

LOS MAGOS DE ORIENTE

Reyes Magos, ilustres sacerdotes,
oficiantes de arcilla, de agua y fuego,
que entonaban al ritmo de los bosques
ante el rústico altar de hierba y trébol,
se ciñeron la túnica del noble,
dejaron los ornatos sobre el suelo,
emprendieron el viaje al horizonte,
arrojaron al viento el haz de brezo,
decididos a inspeccionar el orbe
y descubrir la cuna del misterio.

Para adorar al Mesías viajan los Reyes de Oriente.

La estrella, signo anunciado,
se manifiesta en el cielo,
les guiará en largo vuelo
hacia el lugar revelado
por oráculo sagrado,
donde habita el Sol naciente.

Para adorar al Mesías viajan los Reyes de Oriente.

Sin miedo a los desafíos,
movidos por su esperanza,
por su fe, por su confianza,
intrépidos y bravíos,
recorren montes y ríos,
con espíritu valiente.

Para adorar al Mesías vienen los Reyes de Oriente.

Traen cansancio del camino,
en la mirada el desierto;
su corazón late abierto
para albergar al divino
Soberano, peregrino
en este valle doliente.

**Para adorar al Mesías
vienen los Reyes de Oriente.**

Y la estrella se ha ocultado
entrando en Jerusalén,
la buscan y no la ven.
Temen haberse apartado
del sendero señalado
en un punto de Occidente.

**Para adorar al Mesías
vienen los Reyes de Oriente.**

Acuerdan escudriñar.
Confundidos y asustados
preguntan por todos lados:
¿Dónde está el que va a reinar,
Dios, que acaba de llegar?
Mas no lo sabe la gente.

**Para adorar al Mesías
vienen los Reyes de Oriente.**

Herodes, en su castillo,
cegado por la codicia,
quiere saber la noticia:
De Belén saldrá un caudillo
en el cuerpo de un chiquillo
que reinará eternamente.

**Para adorar al Mesías
vienen los Reyes de Oriente.**

Herodes exige, ansioso,
le presenten a los magos
y con mentiras y halagos
les dice está deseoso
de adorar al poderoso
y le informen prontamente.

**Para adorar al Mesías
vienen los Reyes de Oriente.**

Cuando salen del palacio,
luce en el cielo la estrella,
¡qué clara y fuerte destella!
El brillo alumbra el espacio
como sublime prefacio
de la luz omnipotente.

**Para adorar al Mesías
llegan los Reyes de Oriente.**

La estrella se posa encima
del lugar donde está el Niño,
rodeado del cariño
de su madre, que le mimas,
y el buen José no escatima
los cuidados dulcemente.

**Para adorar al Mesías
llegan los Reyes de Oriente.**

En un modesto portal,
una estancia en una cueva,
sonríe la Buena Nueva,
la energía universal,
el refugio espiritual
del humilde penitente.

**Para adorar al Mesías
llegan los Reyes de Oriente.**

Tras alabar a María,
de hinojos al Niño adoran,
su providencia le imploran.
Es mensaje de armonía
la solemne Epifanía
del Ser excelso y clemente.

**Para adorar al Mesías
llegan los Reyes de Oriente.**

En homenaje a su Alteza
le dan oro, mirra, incienso,
muestras de su elogio inmenso.
El oro es poder, riqueza;
la mirra, salud, belleza,
y el incienso es alma ardiente.

**Para adorar al Mesías
llegan los Reyes de Oriente.**

Los Magos son extranjeros,
símbolo del pueblo infiel
que se postra ante Emmanuel.
Son del Verbo coherederos,
apóstoles, misioneros
en un pueblo diferente.

**Para adorar al Mesías
llegan los Reyes de Oriente.**

Un ángel, en sueño extraño,
a los Reyes ha advertido
que Herodes, enfurecido,
maniobró con engaño;
pues, para no causar daño,
marchen sigilosamente.

**Llenos de fe en el Mesías
parten los Reyes a Oriente.**

Rebosantes de alegría,
con el corazón colmado
de amor al Hijo encarnado,
loando su legacía,
exclaman ¡Ave María!
¡Gloria a Dios aquí presente!.

**Llenos de fe en el Mesías
parten los Reyes a Oriente.**

Reyes Magos de Oriente, ¡enhorabuena!,
desvelasteis lo oculto, lo secreto,
la sorprendente magia de la esfera,
el mensaje grabado sobre el cielo,
traspasasteis la ruta de la niebla,
atendisteis la voz del firmamento,
cobijasteis la paz de Buena Nueva,
abristeis el portal del alto templo,
y entregasteis al Niño las ofrendas,
los simbólicos mirra, oro e incienso.

Reyes Magos, viajeros por la Vida,
que alcanzasteis la dicha del encuentro
con el Dios de la paz y la armonía,
ofrecedle la mirra de los cuerpos,
suplicadle perdón por sus heridas,
entregadle el vil oro del becerro
causante de ambiciones destructivas,
adoradle con humo del incienso
que exhalan nuestras almas renacidas
con su Amor, con su Cruz y con su Adviento.

LA PRESENTACIÓN DEL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO

Ya han transcurrido los cuarenta días
desde la fecha en que nació Emmanuel,
Rey de naciones, lumbré de Israel,
la salvación del mundo, el Mesías.

Y tú, que siendo virgen, concebías,
y tú, la vencedora de Luzbel,
madre del niño-Dios, del nuevo Abel,
respetas a las bajas jerarquías.

Permaneces de pie en el antetemplo,
esperas te reciba el sacerdote,
vas a purificarte, sin pecado.

Tu sumisión es magistral ejemplo
y dos tórtolas es sobrado lote
para ser un mortal mundificado.

En la Casa del Padre hay alegría
al presentar a tu hijo al Creador,
es el Hijo enviado por su amor
y, en el altar sagrado, Eucaristía.

Revela su divina cercanía
y te anuncian la espada del dolor,
la cruenta redención por el pastor
de estrellas, en Calvario de agonía.

Te maravilla el justo Simeón,
y Ana, la profetisa, que en Él ven
la palabra encarnada y la esperanza.

Cristo es el signo de contradicción,
para el ateo racional desdén
y para el justo Bienaventuranza.

El primer fruto al templo pertenece,
según dijo Yahvé al fiel Moisés,
y es, María, tu primeriza mies
la bendita semilla que florece.

La ley en veinte siclos establece,
como precio, el rescate del burgués,
mas tú eres pobre y es bastante des
dos tórtolas, ¡y gratis Dios se ofrece...!

Con cada humillación Él se engrandece,
en el pesebre brilla más su gloria
y su nombre supera todo nombre.

Tu purificación Él enaltece,
con tu obediencia alcanzas la victoria
y el Ser Supremo en ti se ha hecho hombre.

UN LARGO CAMINAR

EL VIAJE A EGIPTO

Un rumor de alas blancas se introduce en la esfera
de la visible realidad
denunciando a José la espada de la ira.
Es preciso partir, morir un poco,
desasirse del húmedo heno,
del calor del pesebre,
retoñar con el rayo incomprensible.

Os guía el toque de centella
albergado en el centro de la carne
y, en José, Dios añadirá.
La noche abre su negro pórtico,
alumbran las luciérnagas, se arrastran las serpientes,
desde el cierzo cabalgan maldiciones
de cactus y de ortigas.

Se inicia el viaje a Egipto.
Un largo caminar
por el desierto, bajo el Sol
que reverbera su oro entre las dunas.
En soledad, a la intemperie,
atravesáis las sombras del crepúsculo
doblegados en manos del arquero.

El Niño tiene hambre y tú, solícita,
le sacias con la albura de tu pecho.
Se agiganta tu sed
por el casto manjar que viertes, generosa,
para calmar su triste llanto.
Manan los vaticinios
el acíbar, la hiel, en tus labios salobres.

Lamentos y gemidos, relámpagos de sangre,
lágrimas por los muertos inocentes
en la tela de araña del poder,
ensombrecen el firmamento.
Tú, misericordiosa, asumes,
la tortura integral
de las mujeres mutiladas.

Tú llevas el consuelo,
el austro suave, portador de lluvia,
anegará los campos,
benedicirá la flor y esparcirá su aroma
sobre rocas, espinas, pedregales.
Ya su tierno verdor
envarona en las márgenes del Nilo.

LA SAGRADA FAMILIA

Un ángel dice a José
que ya ha muerto el asesino,
abrasado en su interior
por tormento de martirio,
y es tiempo de regresar
al lugar del que ha partido.
José obedece y te pide
recojas lo más preciso,
porque es voluntad del Padre,
y en el cielo está escrito,
vayáis hacia otro lugar
o adonde habíais salido.

Pero gobierna Israel
Arquelao, de Herodes hijo,
y a José le dice el ángel
que se encamine a otro sitio.
A Nazaret se dirige.
Se hace realidad lo dicho
por todas las profecías,
que es nazareno el Rey-Niño;
partirá de esa ciudad
a consumir su designio
y en ella nos dará ejemplo
de sujeción y servicio.

Estáis, María y José,
en el destierro elegidos,
tú, para ser madre virgen
y José, padre adoptivo.
Con el pequeño Emmanuel
formáis un hogar divino,
modelo de convivencia,
de un querer limpio y sencillo,
sois la Sagrada Familia,
un apretado racimo
en la casa iluminada
por la luz del paraíso.

José, en su carpintería,
cumple con su cometido
para que puedas comprar
leche, miel, harina y vino,
y no falte el alimento
necesario para el Niño.
Tú, María, en tus labores
y ayudando a tus vecinos,
rebosa tu caridad
pues son pobres tus amigos.
Tu existencia es oración
de sufragio y sacrificio.

Te das toda, sin reservas,
sigues el plan del Altísimo
y, aunque tu vida es tranquila,
temes lo que te ha advertido,
en el templo, Simeón,
cuando abrazaba al chiquillo,
la espada que partirá
tu corazón cristalino.
Duerme sereno en tus brazos
el Mesías, el Ungido.
Trono y torre de marfil
le das maternal asilo.

Así discurren los años
de sosegado retiro,
enturbiado solamente
por el peligro sentido
y por la intranquilidad
de no ejercer bien tu oficio.
Pero tu enorme confianza
en el Poder Infinito
mitiga el desasosiego,
te da celestial alivio
y contemplas, sonriente,
como va granando el Niño.

EL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

Doce años cumple el Niño de Belén,
ya es "hijo del precepto", y sumiso
va a observar el antiguo compromiso
de ir al templo, sito en Jerusalén.

Sois su familia el único sostén
de su novicia edad, y así es preciso
que estéis pendientes de Él, pues un aviso
tenéis de la misión del Sumo Bien.

Salís de Nazaret en caravana
para conmemorar el sacrificio,
el rito de la Pascua de Yahvé.

El recuerdo de la feliz mañana
que eximió al pueblo hebreo del suplicio
al señalar sus puertas con la fe.

Pasados cinco días del festejo
volvéis a Nazaret, vuestro destino.
Después de una jornada de camino
no halláis al Niño-Dios en el cortejo.

Tu esposo, el fiel José, gime perplejo.
Tú, apenada, presientes el espino
revelado en la Biblia, brutal sino
del que hace un hombre nuevo al hombre viejo.

Son tres días de búsqueda infructuosa,
interrogando a amigos y parientes,
presos de incertidumbre y de dolor.

Tú, María, angustiada, temblorosa,
alzas al Padre súplicas fervientes
por la vida del joven Salvador.

Te sorprendes al verle en compañía
de unos sabios doctores asombrados
escuchando a un chiquillo, embelesados
ante su excepcional sabiduría.

Le dices a Jesús que te dolía
no haber sido su padre y tú informados,
tres días le buscasteis, desolados,
pensando si algún mal le sucedía.

Él responde extrañado, ¿os inquietabais
conociendo el mandato, el ocuparme
en cosas de mi Padre, en la misión?.

No entendisteis, mas ambos lo esperabais.
Vuelves con tu hijo a casa y ni un adarme
olvidaba tu absorto corazón.

TU LLAMA DE AMOR VIVA

En Nazaret, María,
meditas al relente y en la aurora,
se empaña tu alegría,
presintiendo la hora
que te sorprenderá madrugadora.

Te despiertan las aves
en el hogar de cálidos amores,
de amaneceres suaves,
de sutiles temores
de luces y de sombras portadores.

Tu familia trabaja
clavando utilidad en el madero,
lo modela, lo alhaja
con arte carpintero,
dará al Hijo el abrazo postrimero.

Cuidadosa te afanas
en el vergel alado de la paz,
quedan lejos las nanas,
está en la pubertad
el infante de la inmortalidad.

Vas por agua a la fuente
para saciar la sed que os abrasa;
el horno está caliente
para ese pan que amasas,
y a los odres el líquido transvasas.

Y tu hijo, el nazareno,
progresa en gracia, en ciencia, en estatura,
y es su cuerpo moreno,
de exquisita finura,
obra de celestial arquitectura.

José, que fue elegido
timonel y guardián de fruto y flor,
tu espiritual marido,
humano protector,
sube al cielo en los brazos del Señor.

Tú y Jesús ante el mundo,
que alejado del Bien os desafía,
sin conocer tu rumbo,
rezando en armonía,
sigues la senda de la profecía.

En la inquietud callada
el tiempo lentamente va pasando;
aguardas, retirada,
al Padre venerando,
los dones que la tierra está esperando.

Te asaltan las noticias
de Juan, la voz que clama en el desierto,
y en silencio acaricias
el rosal de tu huerto
creciendo sin espina a cielo abierto.

En la noche cerrada
alumbras, con tu llama de amor viva,
la casa inmaculada
y tu luz volitiva
irisa la escultura primitiva.

Está próximo el día
para el Sol que bajó desde la altura.
En la estepa baldía
tu devota locura
abre el pórtico azul a la ventura.

VIRGEN DE SOLEDAD

TU TIERNA PALOMA EMPRENDE EL VUELO

Llega el abrazo de la despedida
del hijo que, hecho hombre, se distancia,
lleva tu corazón, tu vida entera,
algo en ti se desgarró.
Él es Hijo de Dios,
semilla de paráclito en tu casa.
Tú eres madre y mujer,
en tu carne te sientes cercenada.

Virgen de soledad,
por tu valle de lirio y azucena
brotan las espadañas
bajo la lluvia triste de la ausencia.
Crece melancolía
en el latido asceta de tus venas,
en la cascada de tu sangre ardiente
abierta por la pena.

Te dicen que otro joven,
revestido con pelo de camello
y cinturón de cuero en la cintura,
predice la apertura de los cielos.
Te acuerdas del profeta
con su traje de pieles y de cuero,
de un carro, de caballos,
torbellino de luces y de fuego.

Tú sabes que ese joven
surgido por milagro en matriz vieja,
es Juan, el precursor,
allanará el trayecto a la promesa.
En su espacio primero
saltó de gozo al sol de su existencia
e irá delante de la luz del alba
que viene a esclarecer a las tinieblas.

Ya tu tierna paloma emprende el vuelo
al horizonte-Cruz tras la montaña,
se bautiza en el agua del Jordán,
y otra paloma blanca
desciende por el aire transparente,
y despliega sobre Él sus nobles alas.
Éste es el Hijo amado,
en su amor se complace la Palabra.

Lees las Escrituras
reveladoras del sagrado enigma,
del agua derramada por el suelo,
de hierba renacida,
del sustento frugal, de los insectos,
de la miel que en los ojos relucía.
Pero en la noche oscura
nada te aplaca la ansiedad furtiva.

Te duele que tu niño
se retire a ayunar en el desierto.
Tu maternal entraña,
tu tronco fijo y tu ramaje recio,
que amparaban al único retoño
de la sequía, del calor, del viento,
desbordan por la herida
escarcha de añoranza en su albo pétalo.

Te pesa la materia,
las raíces clavadas en el mundo
y, aunque elevas tus preces
alarmada por tu hijo, por su ayuno,
por las sombras de frío desamparo,
por el rival oculto,
no puedes desasirte de tu vértigo
asomada al augurio.

LA BODA DE CANÁ

La caricia del mar vuelve a tu playa,
regresa del desierto a Galilea
donde habitas, María, en tu atalaya.

Su visita enardece la marea
maternal de tu cálida dulzura
que en abrazos de espuma se recrea.

Trae la brisa apacible de la altura,
la sal de su oceánica mirada,
te invade su oleaje de ternura.

Su fama, en la región, fue pregonada
y viene acompañado de un cortejo
de hermanos en la fe por su llamada.

Vais a Caná, a una boda, a un festejo
distinto del desierto y del ayuno,
y el pueblo está asombrado, está perplejo.

Que Él es el Rey de reyes piensa alguno,
otro que un impostor aventurero.
El secreto está en Dios que es trino y uno.

Es hijo de José, del carpintero,
nacido en una gruta de Belén,
que ejerció en Nazaret de humilde obrero.

Su modestia es la causa del desdén.
¿No saben que su ciencia ha deslumbrado
a los doctores de Jerusalén?

La boda, preparada con cuidado,
atrae a mucha gente para ver
a Jesús, el magnífico invitado.

Ante los novios sientes el deber
de que la fiesta acabe felizmente
y no falte lo que ha de menester.

Para ti, observadora, es evidente
que el vino se ha acabado, te entristeces
y acudes a tu hijo omnipotente.

No pides, insinúas. Le enterneces.
Tú le informas con fe: "no tienen vino".
Él será experto en dar panes y peces.

Te responde mostrando tu destino,
llamándote "mujer". Te hará en la Cruz
"mujer-madre" del hombre peregrino.

Declarar no es su hora es su actitud,
pero tú, designada mediadora,
consigues el favor en plenitud.

¡Haced lo que Él os diga!. Sin demora.
Tus órdenes acatan los sirvientes,
es mandato de madre y de señora.

Jesús dice, llenad los recipientes
de agua hasta los bordes y llevad
a probar este vino a los presentes.

Fue por tu mediación, tu caridad,
este primer milagro del Mesías
que esclareció su gloria, su deidad,
y adelantó futuras alegrías.

EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN

Pasas desde Caná a Cafarnaúm.
El péndulo incesante,
que irisa en tus latidos los colores
del tiempo navegante de luceros,
acuna alegres horas
con la presencia viva de tu hijo
en su dócil reposo.
Olvidas los enigmas
y los contrarios vuelos de tu mente
por abrojos, cerezos y amarantos.

Ha empezado la Fiesta,
la Pascua del cordero y de su sangre,
anual florecimiento del pasado,
símbolo del indulto para el éxodo.
Vais a Jerusalén,
al templo de oración, hogar del Padre.
Vibra en tu lejanía
el rumor excitado del escándalo:
latigazos y gritos,
la tromba huracanada de Jesús
derribando los muros
que cierran el asilo del Amor.

Mercaderes de aceite, sal y vino,
de corderos y vacas,
cambistas de monedas extranjeras
por los siclos hebreos,
ahuyentan con su ruido a los devotos.

Él fustiga la usura y la avaricia,
desaloja el sonido de la plata
y aposenta el silencio.
Le aturden expresiones que en sus labios
emergen de la altura.
¡La sinagoga es casa de oración
y ellos la han convertido
en una sucia cueva de ladrones!
El celo le consume.
Rompe su indignación, la santa ira,
y expulsa el chalaneo
que impide oír la música inviolable.

Temes las flechas negras
clavándose en el tronco del laurel,
lanzadas con preguntas
acerca de señales misteriosas.
¡Y tu hijo vaticina destrucción!
Ha caído la noche,
llama a la puerta el sabio Nicodemo,
persona principal, y tú te asustas.
Se alarga la entrevista,
te agarrota el horror a las espadas.
Llega la despedida del extraño
y la calma a tu mar,
en los ojos del visitante oscuro
ves el rayo del Sol que tú conoces.

HOY SE CUMPLE LA ESCRITURA

Jesús está en Nazaret
y los vecinos del pueblo
sienten gran curiosidad.
Han creado un gran revuelo
los milagros, las parábolas,
del llamado nazareno.

Es sábado, los judíos
lo celebran en el templo.
Está presente Jesús,
el hijo del carpintero,
el que expulsa a los demonios
y da salud al enfermo.

Tú, oculta entre las mujeres,
desde tu sitio discreto,
celebras la ceremonia
y alzas las preces al cielo;
conoces los comentarios
de escribas y fariseos.

Después de las oraciones
y la lectura del tiempo,
el hazan pide a Jesús
que lea el sagrado texto,
y Cristo, desenrollándolo,
lee el pasaje profético.

Prevé el Libro de Isaías
su unción para el Evangelio.
Él socorrerá a los pobres,
dará la vista a los ciegos,
liberará a los cautivos,
resucitará a los muertos.

Diversidad de opiniones
convulsionan los cimientos
de una tradición forjada
sobre ritos y preceptos.
Unos quieren sea rey,
otros su aniquilamiento.

Le piden que los milagros
los realice en su pueblo.
Él les recuerda que Elías
atendió a los extranjeros.
Dominados por la cólera
le arrojan fuera del templo.

Le conducen hasta el monte
y, llamándole blasfemo,
determinan despeñarle.
El Ungido cruza entre ellos
y se aleja, entristecido
por tantos sordos y ciegos.

Sobresaltada le esperas
implorando en tu aislamiento.
Piensas ¿será esto una espada?
¿Habrá acabado su tiempo?
Y cuando le ves llegar
corres feliz a su encuentro.

SE APROXIMAN

LOS FILOS DE LA ESPADA

TU MÍSTICA ALACENA

Vives tu soledumbre
tras la ventana abierta al espejismo
poblado con la imagen del familiar destello
que esculpe en tu retina su figura.
Los relojes de arena trasiegan los segundos.
Amaneces cansada
con tus interrogantes y tus aceptaciones.
Obstinado te arrastra el suave imán
de su amada memoria.
Lavas su blanca túnica,
calientas tu ternura en el fogón,
recoges del aljibe melancólicas lágrimas,
de los árboles tristes
las manzanas que caen como las horas.

Lentos atardeceres se condensan
en el umbrío patio
con la espesa inquietud de tu nostalgia.
Pasa la luna fría
por el jardín cubierto de penumbras,
las palmeras se argentan, los lirios se estremecen,
y en tu moreno rostro
es cárdeno el fulgor de sus reflejos
que acrecientan la hondura de tus ojos errantes.
El aullido lejano
de los perros nocturnos, solitarios, hambrientos,
despedaza la arista del silencio
que augura tus sospechas, tus íntimos presagios.

Desde la lejanía
ascienden las noticias a tu valle,
sus largos dedos pulsán los latidos recónditos,
y agitan la flaqueza en tu ciprés erguido.
Los leprosos, los ciegos, los mudos y los sordos
recobran su inocencia.
Los monstruos infernales
huyen ante la Voz en ti encarnada.
Los preceptos que fluyen de sus labios incólumes
alejan las tinieblas cegadoras.
El asombro fustiga los rencores.
Sol y sombra en el círculo del éter
aproximan los filos de la espada.

Tú sigues guarecida
en la oración, refugio edificado
con el salmo inicial de tu garganta.
Colocas, en tu mística alacena,
pétalos de jazmín y crisantemo,
los primeros encajes
y la pequeña ropa del niño que ya es hombre.
El pan está en el horno, el vino en las tinajas,
y crecen en tus manos
las alas de inmortales mariposas.

JUAN ABRIÓ LAS VEREDAS

Como un trueno sangriento,
como un rojo relámpago de escarcha,
incide en tu retiro
la noticia, que Herodes, el tetrarca,
al más grande nacido de mujer,
a Juan, enhiesta caña,
degolló en las mazmorras
por el ritmo sensual de la venganza.

Juan ofreció en bandeja
los labios que anunciaron la palabra,
la cima de sus altos pensamientos,
la claridad azul de su mirada.
Gritó el nombre del Hijo
e introdujo su eco en las estancias;
bajo el vuelo feraz de la paloma
proclamó su alabanza.

Juan conquistó los lagos,
se vistió con los hilos de las aguas,
roció en el palmar frías penurias
con las gotas candentes de sus lágrimas,
se hizo nube y diluvio,
océano inmutable para el Arca,
alumbró con la llama del origen
su veloz río hambriento de bonanza.

Juan abrió las veredas
hasta la yerma cumbre de las águilas,
espiral de gaviotas en el aire
sobre el cantil agudo de las almas.
Le atravesó la luz
en olas de abismales marejadas,
con el rayo de tu hijo, en noche oscura,
el mar Rojo anegó de espuma blanca.

Y tú al Padre preguntas
qué fue del salto alegre en las entrañas
de tu prima Isabel,
de la especial llamada,
del mensaje del Libro de Isaías,
del bautismo en el agua...
No obtienes las respuestas.
Y una vez más te postras como esclava.

SALES, CON TUS PARIENTES, PARA HABLARLE

Por toda la región de Galilea
anda tu hijo, el Mesías, predicando
la palabra salvífica y curando,
haciendo dignamente su tarea.
Vigilas asomada a tu azotea,
acechas el futuro, escudriñando
los rumores, que infames van lanzando,
y un peligro en el cierzo merodea.

Sales, con tus parientes, para hablarle.
Pero Él está sentado entre la gente,
que le escucha enfervorizadamente,
amontonada, a punto de aplastarle.
Aguardas fuera, absorta al contemplarle.
Le avisan que su madre está presente
con su familia y, sosegadamente,
permanecen allí para esperarle.

Cuando a Jesús le dicen que María
le reclama, en unión de sus hermanos,
sus parientes, discípulos, paisanos,
oculta su emoción y su alegría
para dar su esencial teología:
¿Quién es mi madre y quienes mis hermanos?,
los hijos de mi Padre, los humanos
que hacen su voluntad con valentía.

Tú entiendes su postura, es su misión,
Él es el Salvador, el Rey enviado
a indultar al confeso de pecado,
y tu ofrenda también es redención.
Eres regia en tu libre humillación,
viviendo para Él, a su costado,
en tu puesto cercano y retirado,
participando en la obra del perdón.

El escéptico afirma que esta escena
es negación de tu virginidad.
Satanás, tu enemigo, con maldad
la tergiversa, él odia tu patena.
Son parientes, no hermanos, la cadena
de la sangre y la auténtica amistad
en la fe, que unifica, y la heredad
que Jesús les dará en la última cena.

Ni Lot era el hermano de Abraham,
ni Santiago, José, Simón y Judas
lo fueron del Mesías, y sin dudas
Jacob no era el hermano de Labán.
Cuando en Pascua le buscas con afán
no hay otros hijos a los que tú acudas.
Porque estás sola, sin tener ayudas,
desde la Cruz, Jesús te entrega a Juan.

VIRGEN DE LOS DOLORES

Por amigos y parientes
llegan a ti las noticias
portentosas de tu hijo,
que va haciendo maravillas.
En algunas compareces,
otras te las comunican.
Sigues atenta sus éxitos,
¡cómo la gente le admira!,
¡cómo le escucha arrobada!,
¡cómo está en su compañía,
aguantando el frío, el hambre,
la sed, la humana fatiga,
pendiente de sus parábolas,
entusiasta, enfebrecida!
Mas en ti estalla un pavor:
¿cual será su expectativa?
¿Entenderá su misión,
que a Dios y al hombre concilia?
¿O quizá exige de Él
un triunfo materialista,
su reinado en este mundo?
Te sientes triste, afligida,
pulsas incesante el dolor
de las futuras heridas
que padecerá el Ungido,
según lo escrito en la Biblia:
su persecución, su oprobio,
su tormento, su agonía...
Y el aroma de las rosas
se clava en ti como espina.

Te cuentan que en la montaña
expuso los requisitos
para ser considerados
dignos del Reino ofrecido.
Que los pobres, los que sufren,
los puros, los fugitivos,
los hambrientos, los desnudos,
los mansos, los oprimidos
y los misericordiosos,
tendrán paz y regocijo
pues hallarán en el cielo
recompensa a su altruismo.
Pero aquellos que están hartos,
los que se burlan, los ricos
y a los que aplauden los necios,
les advirtió están malditos
porque no sienten amor
al hermano desvalido
y aborrecen compartir
los talentos específicos
que en el seno de su madre,
cuando fueron concebidos,
recibieron para hacer
del destierro un paraíso.
Tú, María, lo expresaste
en el cántico emotivo
recitado ante Isabel
llevando en tu cuerpo al Hijo,
las palabras del Magnificat,
resumen de sus principios.

El gentío, embelesado,
pregona, a diestro y siniestro,
los milagros de Jesús
con enfermos, mudos, ciegos,
leprosos y paralíticos.

El eximio nazareno
también expulsa demonios
y resucita a los muertos.

Obra tan grandes milagros
que está fascinado el pueblo.

Dio de comer, en un monte,
a miles que le siguieron,
con cinco piezas de pan
y dos peces muy pequeños;
sosegó el mar encrespado,
le obedecieron los vientos.

Una noche sus discípulos
sobre el agua andar le vieron,
y una pesca milagrosa
llenó hasta el borde sus cestos.

Él entró en Jerusalén
triunfador, como un guerrero.

Ya predijo Zacarías
que viene el Rey a su reino,
es el justo, el victorioso
obviador del cautiverio;
sale con gozo, con júbilo,
la muchedumbre a su encuentro,
con ramos de olivo y palmas...
¡Todo se estaba cumpliendo!

Tú, como las buenas madres,
sabes, desde tu retiro,
lo que ocultan, lo que callan
de los pasos de tu hijo:
las curaciones en sábado,
sembradoras de conflictos
entre fieles seguidores
de los preceptos rabínicos;
la amistad con Magdalena,
pecadora en un prostíbulo,
y con la samaritana,
oriunda de un pueblo impío,
a la que se reveló
como el Hijo del Altísimo;
la predicción de la guerra
de los padres con los hijos;
la destrucción del amado
templo del pueblo judío,
que en tres días, solamente,
volvería a construirlo,
y para Jerusalén
anunció el mayor castigo.
Sabes las acusaciones
lanzadas contra tu hijo,
y lees los Libros Santos,
buscas el sutil resquicio
por donde pueda escapar
de ser un reo, un convicto.
¡Ay, Virgen de los dolores!,
tu sufrimiento es continuo.

En tu soledad doliente
recuerdas aquellos días
venturosos, apacibles,
de tu niñez, recogida
en el hogar del Señor,
los ángeles te servían,
meditabas y rezabas
y la púrpura cosías.
Luego el Espíritu Santo
hizo en ti la maravilla
de formar al niño-Dios
en tus entrañas benditas.
Recuerdas cuando en Belén
gozaba con tus caricias,
le adoraban los pastores,
y los reyes, que venían
de unos lejanos países
trayendo oro, incienso y mirra.

Pero muy pronto empezaron
persecuciones y huidas,
tu temor a no ejercer
bien la misión recibida,
desde el suceso angustioso,
en la Pascua israelita,
cuando no hallaste a tu hijo
viajando en la comitiva,
y el abrazo emocionante
de su humana despedida.
¡Cuántos recuerdos conservas
como un tesoro, María!

Mas a ti, corredentora,
que conoces el secreto,
te entristecen, te amedrentan,
las asechanzas, los celos
de los sumos sacerdotes,
escribas y fariseos,
que falsean sus palabras,
basan en Satán sus hechos,
le incriminan de traidor,
de embaucador, de blasfemo,
y mil trampas le colocan
para cazarle en un yerro.
Pasan rápidas las horas,
se está avvicinando el tiempo
del sacrificio sagrado
que aposentará en el cielo
a las almas desterradas,
condenadas al infierno.
El Hijo será oblación
en el altar del tormento,
la espada se clavará
en tu corazón abierto
por amor a los mortales
y por tu entrega en el templo,
al Creador consagraste
la blancura de tu cuerpo.
Tú sabes que ya está próxima
la inmolación del cordero.
¡Cómo te duele, María,
el alma herida en tu pecho!

SU MARTIRIO ES PALABRA DE DIOS

Arriba a ti la voz de sus discípulos
rogando por Jesús, que les revela
su muerte, su cercano sacrificio
para acatar la ley de las estrellas.
Les da su abecedario de cariño,
les habla de una verde primavera,
de la puerta que cierra el paraíso,
del trascendente fin de la tragedia.
No entienden su elevado veredicto,
no consiguen unir letra con letra,
y, porque en el misterio son novicios,
detestan que le humillen, que padezca.
Mas tú piensas, María, su martirio
es palabra de Dios por los profetas.

Y Pedro, el elegido, pide a gritos
que el Padre le libere de la afrenta,
el Rey omnipotente, el Infinito,
le exima de la muerte y la condena.
Pero Jesús le acusa de egoísmo,
de preferir tenerle en su apariencia,
de ser un ignorante y un mezquino,
no ver que sin semilla no hay cosecha,
si fructifica el grano desprendido
fue el invierno el que abrió la sementera,
sin la lluvia, la nieve y el rocío,
no florece el jazmín, la madreelva,
no brota la aceituna en el olivo
y se muere la vida en nuestra tierra.

Tú sabes, virgen-madre, que tu hijo
es carne de tu carne, arcilla vieja,
y aunque es Poder supremo, aunque es divino,
la tentación de Pedro le espolea
a abandonar el mundo a su albedrío,
a renunciar a su misión benéfica,
a dejarse llevar por lo terrígeno
y a gozar de una vida que le espera,
se alza el grito del hombre, y el suplicio
estremece el pilar de su materia,
y desea sumirse en un olvido
que silencie el clamor de su conciencia.
Mas, por ser hombre, entiende los desvíos
y concede el perdón a las tinieblas.

TE ANUNCIA SU ÚLTIMA CENA

Está próximo el día de los Ácimos,
es la fiesta ritual de los judíos.
Tú recoges los panes fermentados,
y te ocupas de todo lo preciso.
Tu hijo habló contigo y te dio ánimos,
va a empezar su Pasión, su sacrificio,
es la hora señalada para el tránsito,
pronto desvelará su Ser divino.
Y, como despedida, ha organizado
una cena en unión de sus discípulos,
dará su testamento, su mandato,
porque llega el momento decisivo.
Los apóstoles serán, en el cenáculo,
testigos de su amor y su prodigio.
La casa de la madre de Juan Marcos
es el lugar que Cristo ha preferido;
desde ese jueves sitio venerado
entre los seguidores del mirífico.

Traes carne de cordero, vino, hierbas;
la carne asada al fuego, es lo prescrito;
cuatro copas de vino habrá en la cena;
con la primera copa de ese vino
el anfitrión bendecirá la fiesta;
la segunda es preámbulo al inicio
del Hallel; con la copa que es tercera
se da la bendición, está cumplido
el ritual, y la cuarta, al fin, completa
el rezo del Hallel. Lo indica el Libro
del Éxodo, reflejo de esta fecha.
Con dátiles, almendras, nueces, higos,
harás el horoseth, que representa
el lodo del trabajo del cautivo;
lechugas y achicoria, que amarguean,
forman el merosin, y el pan de trigo,
el matsot, con cebada y con avena,
sin levadura, que al salir de Egipto,
por la prisa, no dio tiempo a ponerla.
Es Pascua de Yahvé, es el clandestino
banquete que salvó a la gente hebrea
de dura esclavitud, del genocidio.

Echados estarán los comensales
a la forma habitual de los triclinios,
al estilo romano; los detalles
de aquella ceremonia eran genuinos.
Tendrá la cabecera el responsable
del grupo y a los lados los venidos
para concelebrar el día grande;
mesa rectangular, con utensilios,
cojines sobre los que recostarse,
tres anchos bancos, y para el servicio
queda libre un extremo, como base
a todos los manjares y adminículos.

De este modo vivieron los apóstoles
el milagro dogmático, eucarístico;
Jesús sentado en medio de los doce,
y Juan a su derecha, el más querido;
a su izquierda Pedro; Judas Iscariote
en un ángulo, junto al fiel discípulo;
los demás a ambos lados, sin un orden,
aunque ansían tener más cerca a Cristo.

Jesús les dice que no habrá otra Pascua
hasta cuando en el Reino estén unidos,
y esta cena, temida y deseada,
es el final para un feliz principio.
Sentados a la mesa, Él se levanta;
se quita el manto; más cordial, más íntimo
con la túnica; toma una toalla
y se la ciñe; echa agua en un lebrillo,
y se postra ante Pedro, que así exclama
“¿Tú me lavas a mí...?”. No está previsto
este acto del Mesías; Él lo aclara
diciendo que en asuntos metafísicos
más adelante enviará la llama
que clarificará lo acaecido;
quien no lava la suciedad del alma
no tendrá parte en el convite místico,
y hagan lo mismo que Él, sin arrogancia,
servir es un deber de amor, de amigo.

Comenzada la cena de hermandad,
mustio, apesadumbrado, les predijo
que uno de ellos le iba a traicionar.
Los presentes dudaban de sí mismos,
todos se preguntaban quién será.
“¿Soy por ventura yo, Rabbí?”. Lo ha dicho
Judas. Cristo contesta: hazlo ya.
Cuando Judas abandonó el recinto
cruzando la infernal oscuridad,
aseguró Jesús a los reunidos
que el Verbo en Él se glorificará.
Un año solamente ha transcurrido
desde que habló en Cafarnaúm del pan,
manjar de Vida, fruto beatífico,
y en esta cena se lo va a dejar
ministrándose entero en pan y en vino,
la dádiva de su proximidad
para elevar al hombre al Infinito.
En sus sagradas manos tomó el pan,
lo partió en once partes, lo bendijo,
lo dio: tomad, comed todos del pan,
esto es mi cuerpo...haced por mí lo mismo.
Dando gracias al Padre celestial
tomó después el cáliz, lo bendijo:
es mi sangre que se derramará...
¡Cómo entiendes, María, su designio!
Sabes la Omnipotente voluntad.
¡Qué gran muestra de amor quedar cautivo!

Con profundo pesar te van contando
les habló como hermano, como amigo,
dio un nuevo mandamiento a los cristianos:
caridad, que les hace sus discípulos.
Ahora no puede, a dónde va, guiarlos,
mas volverá en su fecha a conducirlos
al lugar elegido y preparado,
para ir con Él: verdad, vida y camino.
Terminado el banquete, mudo el cántico,
fueron al monte gris de los olivos,
tarde negra, telón de luto y llanto
cubre un cielo lejano, apocalíptico.
Moraba en derredor un mal presagio
y en los fieles latidos un cilicio.

Pedro le dijo que estará a su lado,
le seguirá por zarzas, por espinos,
sufrirá sus heridas, sus desgarros,
pues él es Pedro, piedra de granito,
arrasará el jaral, el jaramago,
bajará hasta el abismo del maligno,
le arrancará el cuchillo, la hoz, el látigo,
y entregará su vida por su amigo.
Jesús contesta que al cantar el gallo
tres veces negará ser su discípulo.
Cuando caigan las sombras del ocaso
y comiencen las horas del suplicio,
le lanzarán la flecha del sudario,
se acallarán las voces de los címbalos,
beberá hasta las heces los agravios
y, en soledad, padecerá el martirio.
De temas importantes les ha hablado
dejándoles confusos, afligidos;
al final, tristemente, dijo ¡vamos!
ha llegado el momento. Sus discípulos
salieron en silencio del cenáculo
hacia el huerto de paz de los olivos.

MADRE DOLOROSA

VUELAS POR LAS CALLES DEL INFIERNO

Como un mazazo,
como una enorme piedra contra el pecho,
recibes la noticia:
Han cogido a Jesús. Ha caído prisionero.

Te tambaleas.
Helado escalofrío atraviesa tu centro.
Estremecida,
casi sin voz, exclamas que es voluntad del cielo,
lo sospechabas
desde que Simeón te lo anunció en el templo,
su advertencia llenaba tus vacíos,
esperabas vencer ante su asedio,
pero no conocías el impacto
del dolor, del tormento.

Un cúmulo de lágrimas maduras
resbalan por tu légamo,
desalentada
habitas en las sierras inhóspitas del duelo,
un insalubre páramo
donde mueren los pájaros, se marchitan los pétalos,
revientan las semillas en la tierra,
anida el cuervo.
Los telares telúricos,
urdimbre de la estrella y el lucero,
entretejen locura y fanatismo
en un sudario etéreo,
el manto sepulcral que te amordaza
inclemente, violento.

El pensamiento vuela hacia tu hijo,
lánguida oscuridad, letal desvelo.
Tus ojos han perdido la tenue claridad
de los recuerdos
cegados por su imagen dolorosa
sufriendo retirada, en duro cautiverio,
y se inundan de rojo tus pupilas,
con llamas de tu fuego.

Un sabor ácido
se extiende por tu boca y tus labios resecos,
el estómago ardiente se rebela, se encoge
con náuseas de amargura, de celos.
Y vuelas, vuelas.
¿A dónde vas, mujer, que pasas con el viento?.
¡A su lado! ¡con mi hijo! ¡a su lado! ¡con mi hijo!,
martillea incansable tu cerebro.

No puedes más.
Te alarma derrumbarte, caer muerta en el suelo
y desaparecer debajo de la tierra,
porque has de endurecerte, ser de acero,
y proteger la herencia, el Tabernáculo
de un mundo nuevo.

Aguantas, desviviéndote,
y vuelas por las calles del infierno
y en tu mente golpea,
como en la fragua es golpeado el hierro:
¡a su lado! ¡con mi hijo! ¡a su lado! ¡con mi hijo!.
No hallas sosiego,
no cesa tu penar
desde que te contaron su oración en el huerto.

Te pesa la impotencia
que separa tus alas de su cuerpo.
En la noche callada
tus suspiros son lúgubres, funestos.
ajenos pasos
parecen de asesinos salvajes, gigantescos.
Avaricioso
conspira el corifeo.

La luna reverbera
en las rocas del muro carcelero,
riela por tu lívida ceniza
erguida por el miedo.
Y pretendes subir como la yedra
por las losas grisáceas hincadas en tu aliento,
y alcanzar el azul luminiscente,
traspasar la negrura del trayecto.
Un vendaval
cruza los callejones como agudo escalpelo,
es una mano fría en tu garganta
ahogando tus lamentos.

Caen los segundos
por el perfil de trágicos espectros
que pálidos se asoman tras la afilada esquina,
fatídicos, siniestros.
En la noche doliente
acechas, anhelante, los acontecimientos,
y vislumbrar,
sin el infausto velo,
el fruto de tu amor, que por amor te hiere.
Mas tienes tus raíces en el cielo
y reflexionas
sobre lo que pasó en su oración del huerto.

LA ORACIÓN DE JESÚS EN EL HUERTO

Finalizado el cántico y la cena
hacia Getsemaní se encaminaron,
las sombras de la noche enmascararon
los rostros demudados por la pena.

Llevaban de tristeza su alma llena.
Ocho, a la entrada, para orar quedaron;
Pedro, Santiago y Juan acompañaron
a Jesús. Empezaba la condena.

Se alejó de ellos pálido, afligido,
de hinojos se postró, la frente en tierra,
y elevó al Padre bueno su plegaria.

Estaba atribulado, decaído,
y su materia, que a existir se aferra,
pedía su razón originaria.

Jesús medita brutalmente herido,
rasgado por contrarios sentimientos
de olvido o redención. Sus pensamientos
viajan de gloria a oprobio. Está aturdido.

Pedro, Santiago y Juan ya se han dormido
y Cristo les reprende. Sus tormentos,
las causas de profundos sufrimientos,
son vilezas del hombre redimido.

Ruega al Padre le exima del martirio,
le aparte el cáliz portador de Cruz,
le salve de la muerte y la agonía.

Suda sangre abrumado en su delirio,
y dice, al recibir de Dios la luz,
haré tu voluntad y no la mía.

Bajo el anciano olivo, con horror
al cruento final, al sacrificio,
de rodillas, humilde, es su cilicio
apurar el acíbar del dolor.

No hará su voluntad porque es Amor.
Y su carne, rebelde ante el suplicio,
enrojece su arcilla, el edificio
que sufrirá su Cruz de vencedor.

Estalla la liturgia del perdón.
Es carmesí holocausto al trasvenarse.
Será mártir por todos sus hermanos.

Es la primera sangre de Pasión.
Él es el alto precio y al donarse
abre la salvación a los cristianos.

EL RELOJ DE LA VIDA INICIA SU ANDADURA

La sabia sincronía de soles y planetas
desplegaba los límites nocturnos.
Atardecía en rojo
cuando el monte se alzaba hospitalario.
La luna llena, sobre los olivos,
plateaba las hojas de la paz
orlándolas con místicos fulgores;
el rostro del Mesías brillaba carmesí,
su sangre coagulada en la renuncia
era tangible huella
del soma liberado en alas inmortales;
sus ojos reflejaban
el perfil de los ámbitos sutiles
y el ingente holograma universal.

Retumba entre las sombras
el desfilar de fúnebres pisadas.
Un Judas inseguro va a su encuentro,
lleva avidez el rictus de sus labios traidores
y su boca el acíbar.
¡Salve, Rabbí!, saluda a Jesucristo,
le besa, es la señal,
beso inmundo que empaña la pureza
y naufraga en su acento.
Cristo interpela a Judas, ¿a qué vienes?,
y Judas no responde.
¿A quién buscáis?, pregunta a los soldados.
A Jesús nazareno, le contestan.
Él les dice, Yo soy,
si me buscáis a mí dejad marchar a éstos.
Se refiere a los suyos, que están sobrecogidos.

Pedro saca su espada, ataca a Malco
cortándole la oreja.
Jesús le ordena, envaina ya tu espada
pues quien a espada hiere a espada morirá.
Con sus dedos virtuosos cicatriza la herida.
Ha llegado su hora,
está en las Escrituras, ha de beber el cáliz.

Se acercan los sicarios con garrotes y espadas
y amarran la paloma mensajera,
anidada en sus manos milagrosas,
con la cuerda trenzada en el orgullo.
Cesa la tempestad
rota en su acantilado acogedor.
Delimitan su mar con diques de tinieblas.
Los ciegos vespertinos huyen hacia la noche.
Cubre la soledad, como el relente,
la túnica sagrada
y empapa de abandono su entramado.
El reloj de la Vida inicia su andadura
girando a contraluz de los olivos.
Conducen a Jesús al tribunal
formado por corruptos arrogantes
que se jactan de lujo, de opulencia,
de poder transitorio,
dignos representantes del maligno.
Cae la noche cerrada sobre Getsemaní.
Un vendaval de pájaros deserta del ramaje.
El horizonte rojo presagia otro diluvio.

TREINTA MONEDAS

Treinta monedas, treinta,
por el fruto maduro en el desierto.
Treinta años fue la savia sometida
para la flor del fruto.

Germinan los crepúsculos soliloquios de encina
y se impone la voz del orden cósmico.
Universal sentencia
dictada por la ley de la armonía.
Las ramas filtran luz del pensamiento
desvelando espejismos.

Por sólo treinta siclos el buey bravo derriba,
cornea al siervo manso.
Luna menguante argenta las monedas
con sus cuernos nocturnos.

Comienza la ordalía por la magia del gesto.
Treinta monedas caen sobre las piedras.
Treinta gritos de plata
exorcizan raíces en el templo del mundo.
En el árbol maldito
estalla la violencia del destierro.

La muerte resucita con las treinta monedas.
Hacéldama que habitan los cuerpos vagabundos
por las treinta monedas de los príncipes.
¡Sólo treinta monedas, sólo treinta!

¿POR QUÉ?

Interrogas, María,
a los hombres, a Dios, ¿por qué?, ¿por qué
esta injusta agonía
del Ungido, que honesto siempre fue
e hizo milagros por amor y fe?

No encuentras la respuesta,
está en la lejanía del misterio.
Tú subirás la cuesta
acatando el sublime ministerio
que libra al pecador del cautiverio.

Le ves pasar, sencillo
le llevan maniatado desde Anás
al lujoso castillo
del Sumo Sacerdote, de Caifás.
Amedrentada tras sus pasos vas.

Llaman a los testigos.
Te alteras. Todos los citados son
confidentes y amigos
de cuantos orquestaron la traición
para encerrar a tu hijo en la prisión.

Vigilas impaciente,
temblando, las noticias del suceso.
Preguntas a la gente
¿qué sabéis del Mesías, que está preso
por amar a los hombres en exceso?

Dicen ha blasfemado
y Caifás se rasgó sus vestiduras.
Que es Dios ha confesado,
y le verán venir de las alturas.
¡Por la Verdad soporta desventuras!.

Le han pegado, escupido,
se han mofado de Él. En ti, María,
surge ahogado un gemido:
¡Oh, Señor, ten piedad!, su arcilla es mía,
¡que sufra yo, y no Él, la profecía!

Las horas caen despacio
por la inmensa ansiedad de tu desvelo.
El pueblo está reacio
a luchar por Jesús, el rey del cielo.
Tu esencia se estremece por su hielo.

Escuchas que Simón
le ha negado esta noche varias veces.
Te duele el corazón,
recuerdas cuando Pedro, sin dobleces,
se brindó a acompañarle en arideces.

Canta el gallo en la aurora.
Unidos confabulan los traidores
con fiebre vengadora.
No pueden erigirse ejecutores,
ni sentenciar a muerte a malhechores.

Cruza Jesús la calle,
custodiado le empujan al pretorio.
No pierdes un detalle.
Deseas que el proceso acusatorio
termine con un fallo absolutorio.

Te hiere ver a tu hijo.
Pasa a Herodes por orden de Pilatos.
Quieres darle cobijo,
protegerle de ultrajes, malos tratos,
apartarlo de abyectos y de ingratos.

Jesús sale otra vez.
De Herodes va a Pilatos. ¡Qué locura!
Nadie acepta ser juez.
Sólo ellos han urdido la conjura.
Tú sabes que es el Hijo de la Altura.

¡Le han puesto un blanco manto!
Te traspasa el dolor por tanta ofensa.
Tu angustia mana en llanto,
tu carne está aterida, tu alma tensa.
Te arrebató salir en su defensa.

Oyes los comentarios
que corren hasta ti de boca en boca:
Es un juicio arbitrario;
Jesús está seguro, es una roca;
Pilatos ve que el pueblo se equivoca.

Sale al balcón Pilatos
y pregunta cuál es la acusación
Chillan los insensatos:
se ha proclamado rey. Con la intención
de lograr su tortura, su Pasión.

Es costumbre judía
liberar por la Pascua a un prisionero,
y tu ánimo confía
que elijan a Jesús, el mensajero...
Piden a Barabbás, el bandolero.

Pilatos les advierte,
yo le castigaré y le soltaré,
pues no es justa su muerte.
Ruegas a Dios: ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?.
Mas en su voluntad está tu fe.

SIGES, MARÍA,
EL CAMINO A LA CRUZ

PORQUE ÉL DA LA PAZ, LE HACEN LA GUERRA

Amaneció la envidia entre los hombres
y reunió en su entorno los afanes
que hacen, de los príncipes, rufianes,
por ambición y fama de sus nombres.

Tienen miedo los reyes de la tierra,
Él pregona evidencias que lastiman,
por odio sus milagros desestiman
y porque da la paz le hacen la guerra.

Pero es legal la humana hipocresía,
es el quiero y no puedo de Pilatos,
los corruptos, rastreros, sucios tratos,
vil moneda acuñada en cobardía.

Tú, Señora, comprendes la condena,
le escarnecen los falsos, los impíos,
por erigirse en rey de los judíos,
mas su Pasión es otra Nochebuena.

Insistes anhelante preguntando
qué saben de la marcha del proceso,
las noticias rebosan odio espeso
y amargura, y en ti van arraigando.

JESÚS ANTE EL SANEDRÍN

En una noche oscura le prendieron;
arrancaron el Sol de las cenizas,
la cepa luminosa de sarmientos,
la semilla del trigo de la vida.

Al despertar del alba, maniatado
con el triple cordón, como un pabulo
que se apaga en rituales candelabros,
era reo en la ley de los judíos.

Acallaron los ecos y los gritos,
las cien voces del órgano ecuménico,
cantaron alabanzas los espinos,
profetizaron rocas los abetos.

El misterio estallaba en el rompiente
con las olas de su caudal salobre
y el poder le encadena, pues conviene
que, para el bien del pueblo, muera un hombre.

En este amanecer arrastra el viento
palabras que falsean la Verdad,
no entienden es Jesús el nuevo templo
que en la resurrección construirá.

¿No han oído el clamor de los Profetas?
¿No han recibido el agua del Bautista?
El clamor es lamento y la marea
agita el lago azul de agua bendita.

¡Cuán profundo, cuán largo su silencio!
Le conjura el pontífice a que diga
si es el Hijo de Dios, está su pueblo
esperando el reinado del Mesías.

Como un trueno retumba su respuesta:
Tú lo has dicho, yo soy. Y en ese instante
rasga sus vestiduras la galerna
oculta en el abismo de la sangre.

Un látigo restalla en el infierno,
destroza la materia que le nubla
y fluye de su piel el vino espeso
que convidó en Caná a eternas nupcias.

¡Profetízanos, Cristo, profetízanos!
¿Quién es el que te hirió?. Y en su sagrario
son campanas de gloria sus latidos,
son coloquio de tiempos y de espacios.

LA FLAGELACIÓN DEL SEÑOR

Los azotes desgarran su figura
con la mano brutal de la injusticia,
del desprecio, del odio y la malicia
de un mundo anonadado en su hermosura.

Es un surco sangrante su ternura.
Esparce la semilla, la primicia
del fruto inmaculado. La sevicia
del látigo su génesis madura.

Se somete al martirio con valor.
Su silencio es la voz de enamorado
eximiendo al amado del castigo.

Atado a la columna del dolor,
el cuerpo malherido, lacerado,
es oblación de excepcional amigo.

Le fustigan con fuertes latigazos,
le flagelan con pesos en la cuerda.
Cesan de cuando en cuando, que no pierda
la vida por continuos cimbronazos.

Le arrancan piel y carne en mil pedazos
los sádicos soldados, y así muerda
su humillación, el barro le remuerda
y afirme que Satán le ató en sus lazos.

Pilatos sólo intenta complacer
a los que actúan alevosamente
por orgullo, codicia y vanidad.

No desea valerse del poder
para causar la muerte a un inocente
que insiste, torturado, en la Verdad.

Le despojan de humana dignidad,
amancillan su honor y su derecho
como persona libre. Y por su pecho
surge el oasis de la caridad.

Es enorme su celo y su bondad.
No permite en su ánimo el despecho
por lesiones y ofensas que le han hecho
y con su sangre sella su piedad.

Subsiste, solitario, abandonado,
su pueblo ya ha elegido a Barabbás,
y ha pedido que a Él le crucifiquen.

Desvalido, maltrecho, ensangrentado,
va al sacrificio, sin volverse atrás;
llegará el día en que le glorifiquen.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Entre insultos soeces, los soldados
despegan a Jesús de sus vestidos
arrastrando los restos adheridos,
reabriendo los surcos coagulados.

Manan dogma los músculos rasgados
y un manto rojo oprime sus latidos,
se concentran en todos sus sentidos
deserciones y agravios aceptados.

Con espinas taladran su cabeza
coronándole rey de los judíos
y por cetro le entregan una caña.

Desconcertados ante su nobleza
le escupen, le apalean, los impíos,
pues les turba una sensación extraña.

Circundan su cerebro las espinas,
le atraviesan agudos pensamientos
de aflicción. Se resigna a los tormentos
para salvar las ánimas mezquinas.

Derrocharán su pan en las esquinas,
arrancarán su vid y sus sarmientos,
le agobiarán con súplicas, lamentos,
le clavarán mil veces las espinas.

Mas lleva la corona bien ceñida,
el amor se derrama por su frente
y sujeta la caña con honor.

Resiste los puyazos, la embestida
del desamor, que hiere cruelmente,
y pide al Padre aumente su valor.

Las espinas clavadas en su frente
dañan más en su tierno corazón.
Agiganta el dolor de su pasión
la soledad cercándole la mente.

La tibieza futura del creyente
le ciñe con perfidia y decepción,
es difícil sufrir la sinrazón
del hombre, ante la gloria indiferente.

Le duele ver su credo incomprendido.
La frialdad le asquea, le repugna,
su vértice punzante le conmueve.

Se ofrece por el mundo descreído.
Porque a la indiferencia Él impugna,
será el cordero de la parasceve.

DESCUBRES LA SOMBRA DEL VERBO

Sube como la hiedra tu loca rebeldía,
se enrosca en la blancura de tus alas
y te abaja hasta el barro.
Un fragmento del salmo universal
grita tu nombre por los arrecifes
exigiendo el rescate
de la materia errante en el exilio.

Eres, Virgen María,
escalera de luz para los pies sacrílegos
que están pisoteando los laureles
de tu jardín frondoso.

La rama verde es pasto de las llamas
y calcinan tus párpados
las ascuas encendidas que te ciegan
velando las raíces
del sellado portal que tú inauguras.

Como al ardiente arbusto del desierto
no te consume el fuego enajenado,
sólo el cierzo del mísero abandono
te seca y te marchita con su zarpazo frío.
Se rompe en tu garganta
la música armoniosa de la esfera,
la vibración divina, el venerable cántico
de tu niñez armónica.

Te reclama el silencio con vocación de lápida.
Vulneran tus confines
latigazos, espinas, vejaciones,
el soez populacho, la denigrante túnica,
el vejatorio báculo
y el rostro ensangrentado que en paz se desdibuja.

El astro moribundo engendrado en tu seno
resplandece en el último horizonte
alumbrando las cumbres.
Pero tú, que contemplas el poniente,
no puedes escapar
de la acidez que infecta la razón.

Henchida de terrores y tinieblas
batallas con las nubes que ensombrecen el día,
te elevas hacia Oriente desde heladas montañas
y clamas en los riscos de las aves rapaces.
Trasciendes las preguntas,
dejas la reflexión suspendida en el éxtasis,
y olvidas el pesar de la existencia.
Descubres el contorno
de la sombra del Verbo en el origen
y concilia contrarios su nacimiento incólume.

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS

Sobrelleva la Cruz de su agonía
descarnando sus pies en la andadura.
Sube por el sendero, con dulzura,
a cumplir la sagrada profecía.

Es reo de ambiciosa villanía
que arrastra por el suelo su hermosura,
y en un lienzo transmite su figura
con mensaje de etérea cercanía.

Es la soberbia humana, deícida,
la insoportable cruz de su interior
que causa la caída y el desgarró.

Tiene el alma angustiada, malherida,
la tristeza es más grande que el dolor
y en su mente palpita añejo barro.

Cargado con la cruz de salvación
camina el redentor, desamparado,
es el justo, por odio condenado
a morir, acusado de traición.

Delante del cortejo, un centurión
y el heraldo, que informa han coronado
al que se dice rey. Y a cada lado,
como insulto, le ponen un ladrón.

Penosamente pasa el buen pastor,
exhausto, maltratado, pero entero,
trasluciendo su espíritu inmortal.

Lleva a cuestas la cruz del desamor,
su peso es superior al del madero,
símbolo de su Reino universal.

Cae tres veces, cansado, el galileo.
Arguyen que no llegará al Calvario.
Para cargar la cruz, feliz gregario,
eligen a Simón, el cirineo.

Jesús yace en el suelo. Un clamoreo,
piadoso ante el suplicio sanguinario,
baja hasta Él. Y Cristo, humanitario,
les advierte del mal del pueblo hebreo.

Él es el leño verde, incombustible,
su savia lleva el agua del bautismo
que saciará la sed de eternidad.

El leño sacrosanto e invencible
es pasto del ardor del fanatismo
ciego ante el esplendor de la Verdad.

LLEVAS EL PESO DE SUS TREINTA Y TRES AÑOS

¡Qué estrecho es el paisaje
del hombre en el Calvario!
¡Qué orfandad de luceros
asolan al penado!
El acerbo dolor
traspasa el fino manto
de tu piel destinada
a albergar los naufragios.
Es tu cuerpo, María
celestial Tabernáculo.

Aquellos suaves dedos
de sus cálidas manos,
que tanto acariciaste,
están ensangrentados;
en su húmedo cabello
gotean rojos astros;
el vigor de su imagen
se aproxima al ocaso;
el brillo de su ojos
nublado con presagios,
sus pies itinerantes
hendidos, desollados.

La corona de espinas,
la cruz, los latigazos,
lastiman tus adentros
más fuertes y más trágicos.
Es tu Pasión más honda.
Los ecos más amargos
crecen por tu impotencia,
por tu ansia de evitarlos,
y te duele el amor
y el amigo ultrajado
y las múltiples llagas
de tu Jesús amado.

Tú subes por la cuesta
tras el cordero manso
llevando todo el peso
de sus treinta y tres años,
más largos que la cruz,
más altos que el Calvario.

Te acosan lejanías
que abriga tu regazo,
se clavan los recuerdos
con cada nuevo paso,
los días de su infancia
fustigan tiempos mágicos,
y caen sobre tu espalda,
en voz del populacho,
las soeces blasfemias
y los gritos profanos.

Tú, madre dolorosa,
mantienes en tus ámbitos
candentes sentimientos
que reprimen tus labios,
y emergen viejas lágrimas
abrasando tus párpados.

**GIMES, MARÍA,
LA ÚLTIMA NANA**

LA CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DEL SEÑOR

Pies y manos le clavan sin luchar.
Sus brazos en la cruz, escarnecido,
son un abrazo abierto a quien le ha herido,
consagración de amor sobre el altar.

Llagado, solo y próximo a expirar,
otorga su perdón en un gemido.
Absuelve con el último latido
al infiel que le va a crucificar.

Se olvidó de sí mismo. Con piedad
al buen ladrón por su sentir bendijo
concediéndole el Reino de su Padre.

Sabiendo la polémica hermandad
dijo a María: "Ahí tienes a tu hijo",
y dijo a Juan: "Ahí tienes a tu Madre".

La ingrata humanidad le ha ajusticiado.
Su queja, su clamor, su amante celo
extraña de su Padre el fiel consuelo:
¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

Tiene sed de los hombres que ha salvado,
y no acepta el vinagre. Mira al cielo,
triunfante brinda al Padre su desvelo:
por Él la redención se ha consumado.

Cristo es fruto del árbol de la vida,
maduro en sacrificio sobrehumano,
rezumando en agraz su savia ungida.

La voluntad de Dios está cumplida,
deposita el espíritu en su mano,
y muere por amor al deicida.

Tembló la tierra, el cielo ennegreció,
un centurión y muchos comprendieron
realmente era Dios al que prendieron
y para ellos la Vida comenzó.

El velo del Santuario se rajó,
el signo de la Antigua Ley perdieron,
con una lanza al Bien acometieron
y una fuente de gracias le brotó.

Como el gusano de las profecías
se revela ante el mundo el nuevo Abel,
el Ser que descendió de las alturas.

El hijo de María es el Mesías,
es el Rey que unifica esta Babel
y destierra las lápidas oscuras.

SIGUES LA HUELLA ROJA DE SU PIE

Por el sendero angosto
sigues la huella roja de su pie.
Tu maternal cuidado se adelanta
y se posa en su frente,
quieres llenar el cuenco de tus manos
con inocentes lágrimas de su niñez perdida
y así lavar su rostro.

Al final la amenaza del monte
que se eleva ante ti con su faz cadavérica.
Te enardece la música del violín de las sombras.
Calcinada en tu lumbre
avivas las cenizas entre el velo enlutado.
Amordazas los gritos, los quejidos,
con cuerdas de laúd.
En el sigilo lánguido de tus labios sensibles
cicatrizan las llagas
dejando en tus rincones la amargura,
acelerando el pulso febril de tus arterias.

Pesa la iniquidad sobre tus hombros
cuando alcanzas la Cruz
y el martillo quebranta tu interior
clavándote fronteras.
Ves su cuerpo desnudo,
es la piel infantil que tu mimaste
con ternura infinita.
Reparten sus vestidos
y la preciosa túnica, tejida por tus dedos.
Recuerdas cómo y cuándo se la diste,
y un aluvión de hiel desemboca en tu centro.

Levantán el madero que se cimbreá lúgubre.
Un golpe seco, un vertical suspiro,
crucifican tu esencia.
Las bíblicas miradas ascienden hacia Él.

Desolación, tristeza, desamparo,
tortura, dolor, sed,
le agobian en la cruz.
Tú atiendes, anhelante, a sus menores gestos.
Deseas convertirte en bálsamo amoroso
que mitigue su lúcida agonía.

Escuchas sus palabras que caen como la sangre.
Te encomienda ser Madre de este suelo,
postrer rayo de Sol.
Terminó su misión y rinde a Dios su espíritu.
Manifiesta su Reino. El sismo de las cumbres
agrieta endurecidos corazones.
La cortina del templo deja paso a la luz.

Mientras muriendo esperas sus restos fríos, rígidos,
con el cálido abrigo de tus brazos,
iluminas penumbras y ruegas comprensión
para tu pobre arcilla dolorida.

DE PIE ESTABAS

De pie estabas,
frente a la Cruz, al lado de tu hijo;
de pie estabas,
tu corazón llagado, estremecido.

Madre de Dios, pequeña golondrina,
palpitabas
con el dolor de clavos y de espinas.
Madre de amor, de un manantial de vida,
rebosabas
lágrimas de perdón por las heridas;
cobijabas
en tu pecho la cuna primitiva,
en tu pecho, de nanas y caricias,
conservabas
todo el fervor de tu alma de novicia.

De pie estabas,
en el monte sagrado del martirio;
de pie estabas,
frente al cadáver frío de tu hijo.

ERES CORREDENTORA

Tú compartes, María, el sufrimiento,
el pesar de sentirse abandonado,
el vacío de inmensa soledad,
la aridez del sendero del calvario.

El mismo azote rompe vuestra esencia
con calumnias, con ira, con tensión;
latigazo del odio irracional
por el orgullo roto con su voz.

La misma espina hiere vuestra mente,
arrancada del tallo de la envidia;
es el rencor punzante del hermano
por el amor que disteis sin medida.

La misma cuesta crece con la infamia
y lacera los pies en el camino;
es la oblación de vida y de trabajo
que rendisteis, en paz, al enemigo.

El mismo clavo rasga vuestros pulsos
con el mazo ofensivo del pecado;
es réplica al abrazo de piedad
abierto para ser crucificados.

La misma lanza horada vuestro aliento
con el fiero bramido de la injuria;
es mensaje del claro manantial
de agua viva que el mal transformó en turbia.

Tú compartes, María, el sufrimiento.
Tu albedrío inmolado, tu indulgente
y virginal entrega, tu abnegada
valentía, son tu pasión y muerte.

DAS A TU HIJO EL ÚLTIMO ABRAZO

Esperas el cadáver de tu hijo
amortajado ya con sangre y agua,
envuelto en el temblor del mundo antiguo,
celado por el velo de la Alianza.
Tú aguardas aterida,
mientras cruzan tu mente las espadas
contemplando
su cabeza inclinada,
sus manos extendidas a la muerte
y su carne seráfica
macilenta,
y la orfandad del labio sin parábolas.

En tu glaciár exhaustas golondrinas
quieren abrir sus alas
y elevarse.
Mujer-Madre te ha hecho, tus entrañas
parirán con dolor al hombre nuevo
que nacerá mañana,
y tienes que vivir sobre la tierra
hasta que la semilla este granada.

Desenclavan a tu hijo.
Presurosa te lanzas y le abrazas.
Su rigidez helada te conmueve,
te haces llama,
se subleva el volcán de tu dulzura
y el fuego por tus besos se derrama.
Apoyada tu frente en sus cabellos
gimes la última nana.
Un suspiro de incienso, un aleluya,
un inconsciente hosanna
se escapa por jirones del relámpago
que te abrasa.

José de Arimatea, con permiso
que Pilatos le dio sin pedir nada,
va a enterrar a tu hijo en su sepulcro,
compró una nueva sábana,
y Nicodemo trae una mixtura
de mirra y áloe, para la mortaja.

Con el cortejo fúnebre
te llevan a la tumba, una cueva cercana.
Su cuerpo yerto, exánime,
han vendado con fajas impregnadas
en la olorosa mezcla.
Respetuosos lo envuelven en la sábana.
Por la abertura baja y estrechísima
pasas de la antecámara
al lugar de su solitario lecho,
donde un banco de piedra frío y gris le esperaba.
Le tienden sobre él, su bello rostro
cubren con una tela fina y blanca,
el sudario.
Te vence el desconsuelo y te abalanzas
sintiéndote morir.
Te pesa el alma,
se aferra a la reliquia del amado,
en Él está su casa.

TE VESTIRÁS DE LUZ

Tus horas de agonía pasan lentas.
El cándido verdor está manido
como vaso de barro,
su lengua se ha pegado al paladar
y ya le han conducido al polvo del sepulcro.
Ansías arrancarle
de las babosas fauces del león
y de las astas de los unicornios.

Por su ánima expectante
pasan los remolinos de las aguas
y las olas del mar,
arrastrándole al más umbroso abismo.
Desciende a la gehena.
Va a absolver las raíces de los álamos,
a forzar los cerrojos del infierno,
que le vomitará luminiscente
el glorioso tercero de los días.
Ha pisado el lagar,
están sus vestiduras teñidas con su sangre.
Rechaza el latrocinio
que disfrazaba de guerra al holocausto,
mas con sus cinco llaves luminosas
abre el portal de bronce que desune
la ciudad de la muerte de las verdes praderas.

Volverá majestuoso con llameante antorcha,
con sus flechas agudas,
enarbolando el célico estandarte.
Asentará sus pies sobre la piedra,
heredará naciones,
repartirá despojos de los fuertes
y en los últimos tiempos
construirá un palacio de marfil
más alto que las cimas.
Le alabarán los labios
que han bebido del mágico torrente;
le aromarán con mirra, acacia y áloe;
le alegrarán con arpas.
Serán los invitados a las bodas,
advendrán con el traje arregazado
y tomarán el ázimo de Vida.

Tú, María, te vestirás de luz,
coronarás tu frente doce estrellas,
se postrará la luna a tus pies peregrinos.
Está prendado el Rey de tu hermosura,
perfecta es la belleza inmaculada.
Inclínate ante Él,
agradece los dones recibidos
y presenta tu ofrenda del dolor.
Te dará leche, harina, miel y aceite;
adornos de oro y plata.

Porque has crecido dulce flor de loto
reinarás colmenera en los países.
Serás matriz afable,
el tronco firme y recio
del frondoso ramaje de los hombres,
gestarás vida eterna,
le darás un lugar distinguido en su casa
y en la mesa del familiar banquete.

SIETE RAYOS DE SOL, MARÍA

Te han taladrado siete espadas,
sus dobles filos te han herido,
fueron las penas anunciadas
que en un principio has asumido.

La primera, de Simeón,
al noticiarte los dolores,
cuando exultabas de emoción
ciega en asombro de esplendores.

La segunda al dejar Belén
para salvar la nueva Vida.
La tercera en Jerusalén,
sin el Niño, desfallecida.

La cuarta en el mortal Calvario
compartiendo el dolor con tu hijo.
La quinta en tu íntimo sagrario
ante el lóbrego crucifijo.

La sexta en el descendimiento
del cadáver del Ser amado.
La séptima en tu abatimiento
cuando el sepulcro fue cerrado.

Ante la fría sepultura,
con Juan y las demás mujeres,
sumida en triste noche oscura
mueres porque de amor no mueres.

Desde su cuna en el Portal
hasta que le crucificaron,
atravesando el bien y el mal
sus cinco rayos te alcanzaron.

Pides clemencia, arrepentida
por no esperar en paz la gloria,
tú eres la esclava, la elegida,
y en Él reside la victoria.

A LA SOMBRA DE DIOS

A la sombra de Dios, anonadada,
te pliegas a su sabia voluntad,
aceptas tu Pasión con humildad
en torre de David fortificada.

Alcázar de Sión eres llamada,
das valor en tu gran debilidad,
gracia en tu virginal maternidad,
refugio al pecador en tu morada.

Suplicas comprensión por tus desvelos,
tus pesares y tu melancolía,
al Padre que halló en ti su complacencia.

Él conoce tus místicos anhelos
de estar siempre en su amante cercanía,
de vivir a su lado, en su presencia.

**¡ALÉGRATE, MARÍA!,
JESÚS ESTÁ CONTIGO**

¡GLORIA!

Cuando la tempestad derriba las estrellas
sobre tu barca adormecida,
varada tierra adentro, abarloada al muro
que separa tu orilla del amado;
cuando la marejada remueve los recuerdos
y la espuma se funde con la lluvia
que martillea tus pétalos marchitos
entre los secos arrecifes;
cuando el trueno y el rayo despiertan a los sordos
y los pavos reales chillan
con miedo irracional y primitivo;
cuando en el viento suenan los versos de los salmos
sobrevolando el horizonte
y su son te golpea
con el rumor de cepas y de espigas,
tu sangre se levanta
como sonido y esplendor.

Cuando asoma la calma con rubor de crepúsculo
por desnudas vigilias de álabe
y amanece la luz, inteligible y próxima;
cuando el arco inicial corta el umbral del cielo
desde la arena fría y húmeda,
irisando las ánimas, grabando sus colores
sobre la catedral del cosmos;
cuando su voz potente descortezza las selvas
y sacude a los viejos palmerales,
navegas rumbo al Sol
y tu brújula indica: ¡GLORIA!.

EN TU ZARZAL HOY BROTAN ALELUYAS

En tu zarzal hoy brotan alhelíes,
gardenias, mirtos, albahacas,
el aljibe rebosa
y en las gotas destella su mirada.
Un ruiseñor albricia su existencia
entre tu adormidera blanca.
Vuelan los estorninos
al son rojoazulado de su llama.

En tu zarzal hoy brotan amapolas,
jazmines, lilas, buganvillas,
y el olivo madura,
trae el unguento fiel de su caricia.
Las cantáridas saltan con su nombre
por tilos, fresnos y glicinias.
Las aves migratorias
regresan al sabor de su semilla.

En tu zarzal hoy brotan aleluyas
en el escaramujo agreste.
Hay flores en tu algaida.
La mandrágora mustia reverdece.
Se remansa un enjambre en el ejido
de crisantemos y cipreses.
Y enjalbega tu hogar
la mano creadora de vergeles.

POR TI, MARÍA, LLEGÓ AQUÉL FELIZ MOMENTO

Estaba el universo de espaldas a la luz,
era limo la esfera y el hombre era ceniza,
el mar había olvidado su sinfonía azul
y el valle opaco erraba muy lejos de la orilla.

Prendida en un lucero brillaba la promesa
con fulgores benditos para la humanidad:
y fue por ti, María, que amaneció en la tierra
porque tus pies de lirio aplastaron el mal.

En el feliz instante de cumplir la palabra
una ligera brisa acaricia el ciprés,
la flor dio paso al fruto en tu corola blanca
y eres tragal y viña para el naciente Edén.

Fuiste la esposa virgen, el barro primitivo
que libremente acepta la expiación salvífica,
por ti se abre la puerta del eterno recinto
cerrada en el origen por necia rebeldía.

Has tenido noticias de su resurrección
con la presencia ingravida de su imagen divina.
Surgía un paraíso bañado en su esplendor
y en agua rutilante del manantial de Vida.

¡Alégrate, María!, Jesús está contigo.
Se engrandece tu espíritu en el laurel de Dios.
Fuiste, en todas sus horas, el maternal latido
y sigues siendo virgen esclava del Señor.

TU CORAZÓN SE LLENA DE ALEGRÍA

Jesucristo ha triunfado en el Calvario,
ha vencido a la muerte y da la vida
al alma enamorada, arrepentida,
al cuerpo transformado en un Sagrario.

Y a ti, Madre, dedica su rosario
de gozoso elixir, tu fe ejercida
es el perdón y cálida acogida
en las moradas de tu Santuario

¡Alábenle los cielos y la tierra!
¡Cristo ha resucitado!. ¡Aleluya!
Tu corazón se llena de alegría.

Ha arrancado la espina de la guerra,
la corona de dignidad es suya,
y es Rey en beatífica armonía.

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Sus fieles seguidores, sus hermanos,
volvieron al cenáculo afligidos,
asustados, temiendo ser cogidos
y recibir la muerte por villanos.

Van a ungir el cadáver con sus manos
las mujeres, ahogando sus plañidos,
no están todos los ritos conseguidos
y piensan que los riesgos no son vanos.

Al llegar al sepulcro se asombraron
por encontrar la piedra removida
y a un ángel que les dice: No está aquí.

Alteradas, corriendo, se alejaron
con el alma exaltada, conmovida,
a ver entre los vivos al Rabbí.

Jesucristo se muestra a las mujeres,
les anuncia su marcha a Galilea,
que lo digan sin miedo a la asamblea,
allí se informarán de sus poderes.

Todos dudan, pues son los pareceres
femeninos, y su dolor sortea,
con locas fantasías, la marea
de impacencias, deseos y querer.

Juan y Pedro deciden comprobarlo.
Allí estaban los lienzos recogidos
y el sepulcro vacío, abandonado.

Los soldados dispuestos a velarlo
huyeron del lugar, despavoridos,
¡el Mesías había resucitado!

Los once a Galilea se encaminan
al cerro que Jesús les ha indicado,
cuando le ven venir, resucitado,
ante su gloria espléndida se inclinan.

Cuarenta días junto a Él se hacinan,
les promete que siempre irá a su lado,
que no teman, poder le ha sido dado,
sus palabras la inmensidad dominan.

Su mandato es que vayan por el mundo
bautizando en la Santa Trinidad
y salvando a las almas en su nombre.

Enviará al Espíritu fecundo
que con sus siete dones da la paz
y diviniza el ámbito del hombre.

CUARENTA DÍAS DE SUBLIME PRESENCIA

Al pueblo de Emaús partieron dos discípulos,
marchaban aterrados, confusos, descontentos;
hablaron con Jesús aludiendo al martirio,
citó las Escrituras, partió el pan, y le vieron.

Después, en el cenáculo, sin lumbre en los candiles
y las puertas cerradas por temor a la muerte,
le esperaban sus fieles, unidos en sus límites,
cuando, resucitado, apareció esplendente.

La paz sea con vosotros, yo soy, no temáis -dijo.
Creyeron que un fantasma se había presentado.
Jesús les enseñó huellas del sacrificio,
dejó tocar sus llagas, comió el pez solidario.

Al apóstol Tomás, que no estaba con ellos,
le dieron la noticia: Hemos visto al Señor.
Contestó, creeré si yo meto mis dedos
y mi puño en las marcas de su mortal Pasión.

Pasados ocho días, Cristo volvió al Cenáculo.
Tomás está presente. Él le mandó tocarle.
¡Señor mío y Dios mío! -exclamó emocionado-.
(Serán enaltecidos los que sin ver le amen).

Los discípulos fueron al Mar de Galilea,
se hicieron a la vela a la puesta del sol,
recogieron las redes, allí no había pesca,
se apareció el Mesías y las redes llenó.

En la playa con todos degustó la comida,
preguntó a Simón, Pedro, tres veces si le amaba,
le encomendó la iglesia, celebrará la Misa,
difundirá el mensaje de su inmortal palabra.

Jesús citó a los once en un cerro cercano,
les ordenó viajaran por pueblos y ciudades,
y en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo
bautizasen al hombre y curasen sus males.

Tras los cuarenta días de sublime presencia
Emmanuel vuelve al Padre y, como despedida
de todos sus apóstoles, organiza otra cena
les instruye y anuncia la gracia que ilumina.

Subieron al simbólico Monte de los Olivos,
les dio su bendición y se elevó a la gloria,
una nube cubrió la luz del Sol invicto,
dos ángeles afirman que volverá a su hora.

Millares y millares proclaman la grandeza
del Cordero inmolado, digno de honor, insigne;
el orbe canta Amen al brillo de su estrella,
todas las criaturas redimidas le siguen.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR A LOS CIELOS

Cristo, el Ungido, sube al cielo,
deja al mundo en su paz, su cercanía,
en cuerpo y sangre está en la Eucaristía
y es el sustento del piadoso anhelo.

Arrastra con la estela de su vuelo
la esclavitud y la melancolía,
recuperan los seres la alegría,
convierte en esperanza el desconsuelo.

Por milagro de amor se da cautivo
en el pan y en el vino consagrados;
es el legado de su despedida.

Por su entrega total bajo el olivo
enraíza en desiertos rescatados
y es el Camino, la Verdad, la Vida.

¡Resucitó!. ¡Jesús resucitó!
¡Aleluya!. ¡Hosanna en las alturas!.
Ha encumbrado la tierra a las venturas
perdidas por la carne que pecó.

En el principio Dios lo prometió.
Su brisa recorrió zonas oscuras,
y su espíritu en las entrañas puras
de la Virgen María se encarnó.

Asciende victorioso el Sembrador,
su deidad ha quedado esclarecida,
es el Mesías Bienaventurado.

Es el Hijo alabado, el Redentor
del alma esclavizada, envilecida
en el abatimiento del pecado.

Nació Jesús del barro desahuciado
con energía resucitadora,
fue rocío engendrado en alta aurora,
es príncipe en el árbol venerado.

Sobre montes y mares se ha elevado
dejando la Señal libertadora,
en el Sagrario es Vida ensalzadora,
y a la diestra de Dios está sentado.

Es justicia en la bóveda celeste,
vestido de poder y majestad,
y su nombre supera todo nombre.

Es Rey de Norte a Sur, de Oeste a Este,
espléndido derrama caridad
y reza alegre el corazón del hombre.

**ERES, MARÍA,
ESCALERA DE LUZ**

MADRE AUXILIADORA

Loada seas Madre auxiliadora,
bella vendimiadora,
custodia de mirífica simiente;
manantial del bautismo en la confianza
que sacia la añoranza
del hombre desterrado y penitente.

Te quedas en la tierra confortada,
en tu hijo refugiada,
y en el Cenáculo eres la Señora.
Tu oración cotidiana les consuela.
La ansiedad te desvela
esperando su luz reveladora.

Los apóstoles temen predicar,
no quieren declarar
sobre la maravilla contemplada.
Han tenido a Jesús resucitado,
le han visto y les ha hablado,
mas la esencia a la arcilla está apegada.

Viven acobardados por el miedo
a confesar su credo,
recelan que les van a condenar.
Unidos en tu afable compañía
aguardan ese día
que Cristo les acaba de anunciar.

Persisten encerrados, escondidos,
aunque están elegidos
para ser operarios del viñedo.
En el silencio se oyen sus latidos,
en brío convertidos,
y saldrán a la lucha con denuedo.

ERES EL CAUCE DE LA SALVACIÓN

Aún te duele, María, el corazón,
no puedes alejar del pensamiento
el martirio de tu hijo y el tormento
de su muerte en la Cruz, de su Pasión.
Lo descifras inmersa en la oración,
perseveras confiada en el momento
que en pasajes del Nuevo Testamento
profetizó será su exaltación.

Tú eres el barro que alcanzó el perdón
y logró el celestial advenimiento
por rendido y humano acatamiento
de tu calvario en la corredención.
No has caído en el mal, la tentación
de renunciar a tu anonadamiento,
y por tu virginal alumbramiento
eres el cauce de la salvación.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Hace siete semanas que el Ungido
fue semilla y fue trigo. En este día
se hace ofrenda del pan, es Ley judía.
De Nueva Ley, Jesús lo ha revestido.

A rezar, con María, se han unido
sus leales seguidores. Les envía
el aliento de luz y valentía
que en las lenguas de fuego ha descendido.

Impregnados del Astro matutino,
tienen el don de hablar en otro idioma
y encuentran el sentido de la vida.

Se manifiesta entero, Uno y Trino.
Ellos baten sus alas de paloma
y proclaman la gracia recibida.

El Ser, lumbre de fe y de santidad,
trae sus dones en llamas de indulgencia:
sabiduría, entendimiento, ciencia,
fuerza, consejo, amor a Dios, piedad.

Sus frutos: longanimidad, bondad,
mansedumbre, fidelidad, paciencia,
benignidad, modestia, continencia,
castidad, gozo, paz y caridad.

El Espíritu Santo es libertad,
es jubileo y conversión al Padre,
es dulce huésped de las almas puras.

Es alfaguara de inmortalidad
encarnada en el seno de la Madre
portadora de célicas venturas.

Resurrección de amor es su doctrina.
El Verbo que amanece en claridad
es el Sol de esencial felicidad
que en la noche a las almas ilumina.

El paráclito guía y predestina
al creyente que vive en la verdad
cumpliendo la divina voluntad
y por Jesús el Reino vaticina.

Entre los pedregales del dolor
se descubren las arras de su herencia
en el sendero de la perfección.

Extiende su poder transformador
sobre las rocas de la indiferencia
con el milagro de su comunión.

TU LEGADO

Velas, María,
vas del rojo al azul,
cruzas las sombras
como un hilo de tul.
Las maravillas
han dejado su huella
en tus orillas.

Por tus pestañas
resbala el sentimiento
hacia el regazo
cuna de advenimiento.
Agua de vida,
rocío esperanzado
de otra venida.

Vives muriendo
mecida por la brisa
del hijo ausente
que tu alma irisa.
Rumor de cielo
agita en tus raíces
ansias de vuelo.

Tú manifiestas
a Juan, el más querido,
y a los apóstoles,
prodigios que has vivido.
Con sus palabras
y sus grandes milagros,
su valle labras.

Lo que conserva
tu ardiente corazón,
se hace Evangelio
en tu última misión.
Mucho has guardado
y este fiel testimonio
es tu legado.

Sus seguidores
escuchan tu opinión
y están unidos
contigo en oración.
Eres la esposa
del Espíritu Santo
que en ti reposa.

Sereno asilo
de los desamparados,
en ti confían
pobres y marginados.
Madre amantísima,
distribuyes las gracias
generosísima.

Hija de Dios,
has sido la elegida
sobre la tierra
que en ti fue redimida.
La Trinidad
exculpa a los mortales
por tu bondad.

JUAN TE ACOGE

Es Juan, el galileo,
nacido en la evangélica Betsaida,
hijo de Zebedeo y Salomé,
a quién tu hijo te deja encomendada.
Es símbolo de tu maternidad
para el mundo, tu casa.
Juan significa hermano,
dice su nombre su función exacta.
Tenía por oficio pescador.
Con Santiago el Mayor fue pescador de almas,
atendió la llamada del Cordero
desde el Jordán, bautizado en sus aguas.
Estuvo con Jesús en Caná, en Galilea...,
contempla sus milagros y escucha sus palabras.

Juan era "hijo del trueno", por su arrojo,
pero Jesús le amansa,
es su amado discípulo, virginal, predilecto,
interpreta fielmente sus parábolas;
en la última cena
le anuncia la traición que Él esperaba,
y deja que en su pecho
apoye la cabeza, tiene allí su morada.
Juan le siguió contigo
hasta el monte Calvario, esa mañana
de la Pasión y Muerte. De pie bajo la Cruz,
como Madre de todos, fuiste a Juan entregada.
Entiende la importante comisión
y te acoge, te ampara.

Recibe junto a ti al Espíritu Santo.
En la asamblea acata
tu sabio parecer, tu inspiración,
tus claras decisiones y enseñanzas.
Permanece a tu lado, queda en Jerusalén
a pesar de presiones y amenazas;
sólo viajó con Pedro,
a sembrar la Noticia por Samaria.
Instauró la Ley Nueva,
reconoció que Pablo era un patriarca,
y fue con Pedro, Cefas y Santiago
la columna del arco de la Alianza.
Él difundió la Voz a los gentiles,
pueblos que los judíos despreciaban.

Te acompañó en la hora de la muerte
y presenció la gracia
que en brazos del Señor, por el amor del Hijo,
fuiste al Reino elevada.
Juan se trasladó a Éfeso
y la santa doctrina predicaba,
cristianizó a paganos,
le seguía la gente entusiasmada.
Le apresan los infieles y le llevan a Roma,
le insultan, le maltratan,
le introducen en un aceite hirviendo
y sale ileso de las llamaradas.
A la isla de Patmos le deportan.
Muere a edad avanzada.
Es enterrado en la ciudad de Éfeso,
sobre su tumba un templo se levanta.

RECIBES EL PAN DE TU HIJO

El maternal abrazo,
el cálido torrente de alegría,
la brillantez del rayo,
es en tu pecho el Pan de Eucaristía.

Un sabor agridulce
forma el umbral sonoro del tormento.
Un dolor te consume
y un gozo florecido te da aliento.

En tu vaso de amor
hay zumo de cipreses y azucenas,
macerado con Sol
y el peso de grilletes y cadenas.

Latidos incesantes
resuenan en la cumbre de la Alianza,
el río de tu sangre
circula por arterias de esperanza.

Las esclusas del tiempo
se abrirán en el lecho de tu herida,
terminará tu invierno
en una primavera verdecida.

El cuerpo de tu hijo
preña con su presencia tus entrañas,
y alumbras tu cariño
sobre piélagos, valles y montañas.

Es su Voz en tu centro
éxtasis, armonía, plenitud;
añoranza del cielo
gravita en tu corpórea esclavitud.

Se encierra el firmamento
en la sustancia efímera del pan,
con su fugaz destello
se acrecienta el ardor de tu volcán.

Ya viene la alborada
persiguiendo su estela en la espesura,
y doran las mañanas
la fruta que en tu rama está madura.

Cuando en sus brazos duermas,
el Niño que en tus brazos se dormía
te invitará a su Cena,
a la mesa de eterna Eucaristía.

TU ASUNCIÓN A LOS CIELOS

María, por tu hogar los serafines,
los seres de la altura, angelicales,
entonan melodías celestiales
y danzan en Belén los querubines.

Hacia Jerusalén, a sus confines,
te llevan a cumplir las terrenales
ceremonias de lápidas mortales
con tu ánfora colmada de jazmines.

Un resplandor más fuerte que la luz
nimba tu faz de célicos fulgores
en el momento de tu dormición.

De tu corredención junto a su Cruz,
te sube tu hijo, plena de loores,
albergada en su tierno corazón.

Alcanzado el final de tu destino
arriban los apóstoles a verte,
a asistirte en el trance de la muerte,
guiados por presagio repentino.

Getsemaní es tu lecho vespertino,
yace inviolada tu hermosura inerte,
y en alas de su amor, inmenso y fuerte,
Dios te eleva al calor del Sol divino.

Por tu anonadamiento eresalzada.
Joven virgen, mujer, filial esposa,
casto verdor regado con su fuente.

Te nombra madre, reina y abogada,
confidente y amiga generosa,
medianera dulcísima y clemente.

El Padre te eligió y te bendijo
para vencer el mal con su simiente
y has aceptado, humilde y obediente,
dar a Jesús tu maternal cobijo.

Por tu vida abrazada al Crucifijo,
unida al Salvador fervientemente,
te da acceso a gozar eternamente
del honor alcanzado con su Hijo.

Tu inocencia no admite corrupción,
maravilla de tu carnal pureza,
es torrente de albura en tierra umbría.

Asunta como vía del perdón,
iluminas la senda a la Belleza,
eres el faro que a la gloria guía.

BIENAVENTURADA

Bendita eres, María,
la criatura electa,
remanso de agua clara, milagrosa,
inmaculada vía,
la niña predilecta,
la joven inocente y amorosa.
Nítida lozanía
de la mujer dilecta,
sumisa esclava, reina dadivosa,
Madre de la Alegría,
Casa de Oro, perfecta,
el Arca de la Alianza, prodigiosa.

Te rindes al Amado
como Eva salvadora
reservando sin mancha tu virtud.
Su Verbo has encarnado,
piadosa servidora,
con su sombra triunfal nació la Luz.
En tu jardín cercado
surge la Nueva Aurora,
luminaria de Vida en plenitud.
Al mundo has liberado
por ser corredentora
unida a su martirio y a su Cruz.

Te elogian en el cielo.
La bienaventurada
te llaman todas las generaciones.
Escancias el consuelo,
Señora consagrada,
mediadora de gracias y de dones.
Eres guía y modelo,
amada y venerada,
refugio de dolientes corazones.
El mimoso desvelo
de tu vida abnegada
es bálsamo en efluvio de oraciones.

SALVE, AZUCENA

Salve, Paloma
portadora de rama sin espinas,
lirio del monte Sión,
arco en la nube, estrella matutina,
laurel de paz,
vereda de llegada y de partida.

Como arca de Noé
rescatas del diluvio a los mortales,
cálida brisa
para las tristes lágrimas del valle.
Escala de Jacob
anclada entre las olas de los mares,
firme peldaño
para subir al ámbito del Padre.

Salve, Azucena,
plenitud de color, blancura intacta,
la rosa mística
que perfuma el vergel de la esperanza,
aromado sosiego
de la naturaleza desterrada.

TU CORONACIÓN POR REINA DE CIELOS Y TIERRA

Eres reina en la tierra y en la gloria,
por derecho adquirido y natural,
por promesa y justicia original,
por luchar junto al Rey de la victoria.

Fue tu entrega la causa decisoria
que libró al hombre del poder del mal,
dio la ascética al mundo material
y la mística al curso de la historia.

Tu corona forjada en sufrimiento
es joya de infalible religión
que ríela bajo el Sol de la hidalguía.

Se inaugura la entrada al firmamento
con su resurrección y su ascensión,
y es tu asunción herencia de alegría.

Eres madre, eres hija, eres esposa,
el Rey de Reyes te ama y te entroniza,
conviertes en diamante a la ceniza
por ofrecerte sierva respetuosa.

En tu arcilla sufriente, dolorosa,
la descendencia humana se bautiza.
Derribas la barrera fronteriza
y eres puerta oriental ancha y hermosa.

Te engrandeció el Señor por tu humildad,
porque su paternal amor te sacia
y una morada halló en tu corazón.

Señora de suprema dignidad
te designa, en el orden de la gracia,
a ser el puente de su compasión.

Gozas de realeza espiritual,
en conciencia, en sentido propio, estricto,
tu castillo se ha mantenido invicto
y tu solio es eterno, excepcional.

Riges lo natural y temporal,
por el omnipotente veredicto
y el justo permanece fiel, adicto,
redimida la culpa original.

Reinas sobre los ángeles y santos,
apóstoles, patriarcas y profetas,
concebida sin mancha de pecado

La creación alaba tus encantos.
Gobiernas, guías, todo lo sujetas.
¡Servir y amar a Dios es tu reinado!

EPÍLOGO

MARÍA SALVA

MARÍA

mujer

madre

amada

amiga

reina

libre

casta

reina asunta al cielo - bella - estrella de la mañana

reina de las familias - dócil - reina de las vírgenes

reina de los profetas - nueva - madre de buen consejo

sabia

nutre

acuna

eleva

sacia

brisa

lirio

credo

calma

astro

fuego

cirio

llama

busca

llega

reúne

radia

ruega

llora

sufre

SALVA

La presente edición de
ANTES QUE LA LUZ DE LA LABORADA,
TÚ, MARÍA

Se terminó de imprimir del día

8 de Septiembre de 2001

Fiesta de la Natividad de la Virgen María

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI